

12. nov. 08  
18. marzo  
JMB

1084391

Adreses  
C.1

# Muerte del héroe

OBRA EN UN ACTO  
De: Juan García Guerra

## PERSONAS...

Namel  
Verina  
Un Conspirador  
Josel  
Carón  
Sula  
Primer Consejero  
Segundo Consejero  
Tercer Consejero  
Anarón  
y  
Coro

SEMINARIO MUL. 'DISCIPLINARI'  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

## Muerte del heroe

En la alcoba de Namel.  
Namel, con máscara,  
y supuestamente, Veriná en la cama.

NAMEL:

Observaste, mujer?  
La luz es más brillante esta mañana.  
Penetró silenciosa hasta mi frente  
para darme un alerta cariñoso.  
Permanecí tranquilo, temeroso  
de espantar esa espada  
que cortaba mi sueño con tibieza.  
Cómo nos cambia el tiempo.  
Parece que fue ayer cuando era yo  
quien al sol despertaba con mi canto.  
Nunca pude saber a ciencia cierta  
si la noche escapaba  
por mi voz conjurada  
o si sólo seguía  
su curso natural.

Se escuchan campanas.

Puntual despertador  
de las fuerzas del día; nuevo Orfeo,  
pensaba sin pensarlo  
que el mundo se hundiría en los abismos  
si yo no madrugaba.  
Solemne tontería de los jóvenes.  
A mis años, Morfeo es preferible;  
ese dios poderoso con su niebla  
que le quita a la vida

su presencia aplastante y te indemniza  
con ausencia del miedo  
que a la muerte tenemos...  
Vamos, vamos, despierta, se hace tarde.  
Las campanas indican  
que ya empiezan las misas en mi honor.

Saca las ropas que describirá y vestirá.

Qué ropas usaré?  
Protocolo señala  
que vista de pingüino;  
de luto, por lo menos. Tonterías  
Por qué dañar un día como éste,  
en que el cielo benigno  
sus galas ha sacado  
para unir las al goce de nosotros?  
Veinte años de triunfo, esposa mía,  
no deben recordarse  
con sudor que nos corra  
debajo de los brazos, por el pecho;  
con un dedo metido  
entre el cuello del cuerpo  
y el cuello del vestido;  
los zapatos brillando torturantes;  
y la tela nocturna  
absorbiendo  
los olores del sol.  
Les daré una sorpresa... Te parece?  
Pantalones de drill, color arena,  
botas altas, camisa azul subido,  
pañuelo atado al cuello,  
sombbrero de alas anchas  
cayendo sobre el rostro,  
y el saco de algodón  
color indefinido... Como antes...  
No es la misma figura, lo concedo:  
los hoyos aumentaron en este cinturón  
y mi pelo ha perdido el color y la fuerza;  
mas no importa:  
la edad del pensamiento no ha cambiado,  
ni ha cambiado la edad del sentimiento.  
Puedes decir de alguno  
de aquellos compañeros  
que al tiempo haya engañado como yo?

Todos rinden tributo a sus abuelos,  
sus rostros y sus modas;  
anticuados, rendidos, agotados.  
Se morirán de envidia  
cuando vean el contraste  
que existe entre nosotros;  
yo, viviendo mi triunfo, mientras ellos  
se quemán en la cárcel  
que se han confeccionado  
para poder doblegarse sin arrugas...  
Vamos, vamos a misa.  
Las mujeres piadosas del gobierno  
ya tendrán los fundillos  
pegados a los bancos de la iglesia,  
mientras que sus maridos  
nerviosos en el atrio confeccionan  
alfombras de colillas... Se hace tarde,  
tarde, tarde, tarde...

Comienza a quitarse la máscara.

Cuanto puede cambiar el contenido  
de las letras que forman nuestro nombre.  
Namel... Namel... Presente.  
No es la misma persona  
la que ahora responde  
que la que respondió:  
con su mundo en las manos;  
vividor de días cortos;  
devorando minutos;  
sin un dique seguro  
dividiendo las horas;  
la frecuente alegría  
cercenando las penas  
y las grandes promesas  
rellenando los días;  
con el mundo cargando  
por la ecuación más simple;  
pues lo blanco es lo blanco,  
lo negro, negro es...  
y no más discusión.

Vuelven a escucharse las campanas.

Tarde, tarde, muy tarde.

Cuán lejos se presenta  
lo que sólo fue ayer.  
Ayer, Dios mío... ayer...  
Se hace tarde, tarde, muy tarde.  
No escuchas las campanas?

Habitación de un Hotel.  
Entra Veriná, sin máscara.

VERINA:

Repican por nosotros,  
Namel; hemos vencido:  
nos dejarán marchar.

NAMEL:

Parece un sueño.

VERINA:

Somos libres al fin.

NAMEL:

Sí, somos libres.

VERINA:

Para vivir y amar;  
para amar, para amar.

Se lanza en los brazos de Namel.

Mi Dios, cuánta alegría.  
Corrí como posesa,  
tragando la ansiedad que me tragaba;  
nunca fueron tan largas esas calles,  
ni tan cortos mis pasos... La escalera  
creció, creció y creció  
y hasta el cielo ha llegado... Nuestro cielo.  
Namel, Namel, te amo;  
quiero decirlo ahora  
cuando atrás se quedaron las mordazas.  
No nos podrán decir  
que el tiempo con Cupido malgastamos,  
ni podremos sentirlo así nosotros.  
Namel, Namel, Namel,  
terminó nuestra espera;  
vivir no es ya luchar, es sólo amar.

NAMEL:

Te amo, Veriná.

VERINA:

Repítelo, repítelo.

NAMEL:

Te amo, sí, te amo.

Le besa el cuello, las mejillas, la  
frente.

VERINA:

Que se impregne el ambiente  
con el dulce sonido liberado.

NAMEL:

Te amo, vida mía.

VERINA:

Cuando estemos al borde de la asfixia  
las puertas abriremos  
para inundar el mundo y agitarlo  
con envidia impotente:  
recorrerá los valles,  
subirá a las montañas,  
se meterá en refugios y guaridas,  
en el pecho de hombres y mujeres,  
de ancianos y de niños,  
de todo lo que viva,  
levantando un imperio de alegría.

Tintinea el teléfono. Namel responde.

NAMEL:

Namel, Namel al habla...  
Eres tú, hermano mío? ... Sí, Anarón...  
Y yo te felicito...  
Sin la ayuda de ustedes  
yo no hubiera podido;  
lo digo con el alma...  
Lo mas pronto posible...  
Debemos prepararnos... Sí, ya sé...  
Que no se olvide nada;  
según el plan tan solo...  
Sí, todo está previsto,  
mas no hay que descuidarse...  
Bien... bien... así me gusta...  
Dentro de unos minutos  
estaré con ustedes...  
Sí. Tan pronto termine de vestirme.  
Suerte, sí, mucha suerte;  
mucha más hoy que nunca.

Cuelga.

VERINA:

No habrás dicho verdad?

NAMEL: En qué de lo que dije?

VERINA: En que vas a marcharte con tu hermano dentro de poco tiempo.

NAMEL: Sí, es verdad.  
Tengo que irme.  
Muchas cosas hay que hacer en corto tiempo.

Acaba de vestirse.

VERINA: Anarón se hará cargo de todos los detalles.

NAMEL: El pueblo necesita mi presencia.

VERINA: Qué poca cortesía:  
Yo para nada cuento? ...  
También la necesito.

NAMEL: Y también yo la tuya;  
pero un poco más de espera es necesaria.

VERINA: Que esperen los demás.  
Tan sólo unos minutos  
no dañarán a nadie;  
pocos, pocos serán para nosotros,  
aunque el tiempo  
con su fría mecánica dijera  
que han pasado centurias.

NAMEL: Cada segundo es oro.  
Debemos partir hoy,  
antes que el mundo inicie  
su regreso a la noche.  
Debemos prevenir  
un arrepentimiento.  
Debemos darnos prisa.  
Regodearse en el triunfo  
cuando gasta pañales  
resulta peligroso,  
y además, la alegría es urticante  
cuando la gozan otros, no nosotros.  
Si llegan al tirano nuestras risas,  
de nuevo cerrará  
las puertas al futuro...

Poderosa razón para marcharme:  
es urgente alertarlos,  
que no suene la música,  
que negros se conserven los vestidos,  
que la risa no salga de la mente,  
que el alcohol no libere la alegría.  
Ya tendremos desierto suficiente  
para dar escenario a nuestro goce.

VERINA:

La calma de mi sexo  
llegó ya a sus fronteras;  
mi cuerpo se hace enano  
para albergar mis ansias.  
Namel, Namel, me duele.  
Tan solo unos instantes  
para ti y para mí.  
No me importa lucirte  
como una prostituta;  
presentí este momento tantas veces,  
que enmoheció el recato con la espera;  
sólo el grito animal se hace posible.  
No lo escuchas, amado?  
No lo ves en mis labios, en mis ojos.  
en ese agonizar de mi garganta,  
de mi pecho y mi vientre?  
No puedes escucharlo en estos dedos,  
dedos que ya no pueden  
abrir una camisa sin rasgar?

NAMEL:

Lo siento, mi adorada,  
la libertad espera  
por la mano del médico  
que la empuje a la vida.

VERINA:

No me importa ser libre  
si en esa libertad no está incluido  
mi derecho a ser tuya en esta hora.

NAMEL:

Veriná, no blasfemes, por favor.

En un sótano.  
Allí está el Conspirador. Entra sin  
máscara, Veriná.

CONSPIRADOR: Eres tú?

VERINA: Si, soy yo.  
Quién te esperabas?

CONSPIRADOR: Otro perseguidor.  
Cosidos a mi sombra por docenas  
han corrido conmigo... Llego tarde?

VERINA: Ni Namel ni los otros han venido.

CONSPIRADOR: Más espera.

VERINA: Qué podemos hacer?  
No es tiempo de hacer caso a los relojes...  
Supongo que será cuestión de nervios  
el cuento de que has sido perseguido.  
Me equivoco?

CONSPIRADOR: No debes preocuparte:  
son mis propios engendros mis espías.  
A nadie informarán lo que han sabido...  
Si pudieran hacerlo... Santo Dios,  
sería una solución.

VERINA: No digas tonterías.  
Es la tensión que aumenta  
lo que nos pone así...  
Nos hace ver fantasmas.

CONSPIRADOR: Los fantasmas no existen. Ellos sí.  
De mi mente se escapan  
para llenarlo todo.  
Son cuerpos que respiran, que caminan,  
que lloran, que agonizan,  
que mueren, sobre todo.  
Son millones,  
millones de millones,  
y no puedo enterrarlos;  
me van haciendo el mundo más pequeño,  
las manos congelando,  
los ojos...

VERINA: Qué te pasa?

CONSPIRADOR: Quisiera yo saberlo.

VERINA: Será que no has cumplido la misión?

CONSPIRADOR: Por cierto la he cumplido... en mala hora.  
Debí morir en ella.

VERINA: No digas esas cosas;  
la mala suerte llaman.

CONSPIRADOR: Y qué es la buena suerte? ...  
Tal vez sería morir,  
tal vez no obedecer,  
que las bombas fallaran,  
que la traición la lucha terminara...

VERINA: No sabes lo que dices.  
Seguro es el cansancio.

CONSPIRADOR: Pero no de las piernas ni la espalda; \*  
cansancio de conciencia es el nombre que  
le cuadra.  
Nunca me imaginé  
que todo podía ser tan inhumano,  
te lo juro.

VERINA: La libertad de un pueblo  
no es un juego de niños.  
Desde antes de empezar ya lo sabías.

CONSPIRADOR: Hubo algo que ignoraba...  
el peso de la muerte en las espaldas.  
Y ese peso,  
hoy lo siento,  
es muy grande  
para mí...  
Sí, cumplí la misión: tiré la bomba.  
La tienda señalada  
quedó completamente destruida:  
sus cristales, sus muros,  
sus estantes, sus productos...  
Esperaba la hora de cerrar,  
pero el tiempo pasaba  
y el miedo se crecía,  
se crecía,  
se crecía matando el sentimiento.  
Cuando el timbre sonó  
marcando la salida,  
pulsé el detonador  
y el incendio llegó

sin darme cuenta  
de lo que estaba haciendo.  
Un niño había quedado rezagado...  
la madre lo llamaba...  
me miró sonriente,  
como haciéndome cómplice  
de su desobediencia,  
y voló por los aires, sin un grito...  
fue a caer a mis pies  
con la sangre brotando  
de su pequeña frente...  
Su sonrisa duró más que su vida...  
Yo... Yo... Yo lo maté.

VERINA: Cállate.

CONSPIRADOR: Sucedió,  
Veriná,  
te das cuenta?  
Qué mundo de milagros  
deberemos crear  
para borrarlo todo;  
para justificarnos?

VERINA: Debemos olvidar nuestras conciencias  
si queremos triunfar;  
no importamos nosotros;  
por los otros manchamos nuestras manos  
por la felicidad común nos condenamos.

CONSPIRADOR: Eso pensaba yo;  
pero es otra mentira.  
No nos importa el pueblo ni un comino,  
por más que lo digamos.  
La lucha que sostuve  
fue buscando la paz de mi cerebro;  
para poder mañana contestarle  
cuando viera que todo está perdido:  
"Hiciste suficiente"...  
Fracasé!  
ya no podré cantarle  
la nana a mi conciencia.  
Pero tú, sin embargo, eres dichosa:  
tu lucha es por Namel,  
y podrás conseguirlo, si derrocan

al tirano;  
y aún si no lo hacen...  
en realidad, no importa.

En la Habitación del Hotel.  
Namel, sin máscara. Veriná se dirige  
hacia allá.

NAMEL: Que más quisiera yo  
que apagar mi memoria entre las sábanas?  
Mas son muchos los muertos que reclaman  
que yo les justifique el no estar vivos.

CONSPIRADOR: Tengo pena por ti:  
pretendes levantar tu vida toda  
sobre un lecho de tumbas,  
sin saber que el aliento  
perdido de los muertos  
es más fuerte que el sexo que te grita.  
Más tarde o más temprano lo sabrás,  
Veriná, y entonces podrás ver  
cuán cara te ha salido tu alegría.

NAMEL: Aún no estamos salvados;  
puede ser que nos falten por ganar  
unas cuantas batallas todavía.  
Todo esto puede ser  
un chiste de mal gusto  
de Carón... Yo lo conozco.  
Capaz es de fraguar todo este plan  
buscándose una nueva diversión:  
que sí y luego que no,  
para experimentar  
como puede asesinaros la alegría  
justo cuando creíamos poseerla.  
Lo comprendes, mi amor? ...  
Hoy tanto como ayer  
la libertad peligrá.

VERINA: De vuelta a la mordaza.  
Te comprendo...  
y es horrible.  
Si pudiera parar  
el girar de los relojes todos  
en este mismo instante  
y hacer la eternidad aliada nuestra...

Abrázame, Namel...  
cuán chico es el humano, qué basura.  
Sólo un sueño es la vida para él.

NAMEL: Muchos años tenemos por delante.

VERINA: Para qué?  
La nube de mi ensueño  
traspasó el horizonte.  
De pronto me he sentido  
repleta de egoísmo;  
he sentido los muertos  
haciendo una muralla entre tú y yo.  
Si queremos ser justos  
deberemos guardar eterno luto;  
que nunca ni siquiera se sospeche  
que nuestra risa es hija de sus muertes.

Se escucha el pueblo, acercándose.

NAMEL: A qué abismos resbalas?  
Diste un rumbo distinto a mis palabras.  
No podemos perder  
porque sería traición a los que han muerto,  
es verdad;  
pero también porque,  
y esto es más importante,  
porque sería traición a los que quedan:  
padres, madres, hermanos,  
hijos, nietos y todos,  
incluidos nosotros.  
No es posible olvidar  
el por qué se nos fueron:  
buscaban nuestras risas  
mas también las de ellos.  
Escuchas esas voces en la calle? ...  
Fue por ellos también;  
fue por ellos primero.  
Los oyes? ... Nuestros niños.  
Paridos por nosotros  
a un mundo de esperanzas... Dios.  
Se han lanzado a las calles  
a golpear con sus risas  
al vencido Carón.  
Que los cielos taponen sus oídos.  
Es preciso callarlos.

Se asoma a la ventana.

Pueblo mío.

En la Calle, Josel, Sula y el Coro.

CORO: En el centro del pecho  
hay un sol que busca cielos donde alumbrar;  
no trates de detenerlo  
que con su fuego de amor te puede quemar.

JOSEL: Buenos días, Namel.

NAMEL: Muy buenos días.

JOSEL: Estamos celebrando la caída;  
dándole las espaldas  
a los días y sus noches.  
Lo sabías? ...  
El Universo entero se detuvo  
para guardar tus glorias siempre frescas.

NAMEL: Qué descan?

CORO: Libertad, libertad, libertad...

Namel se pone la máscara.

JOSEL: Luzbel se hizo rebelde para nada;  
lo hemos traicionado:  
Adán ha vomitado la manzana,  
y Eva, con engrudo,  
la devolvió a su forma y a su sitio.

CORO: Libertad, libertad, liberta...

JOSEL: Puede ser que pensemos:  
"Será fácil burlar a don Jehová:  
las hojas quitaremos  
y el sexo mostraremos sin vergüenza".  
El ángel policía dirá a su dictador:  
"Seños; pero qué has hecho? ...  
Soñábamos? ... Soñabas?  
El árbol está virgen, no lo ves?  
Dale visa de entrada a nuestro hermano



y a su bella consorte,  
de manera que gocen los placeres  
que para ellos creaste.  
Voy a desconectar  
esta espada flamígera  
y así me podré ir de vacaciones;  
merecidas las tengo".  
Miguel se irá a la playa  
y asunto concluido.  
El viejo pensará que está decrepito  
o que víctima fue de pesadilla,  
y tomará un laxante...  
y todos entraremos  
a poblar el Edén,  
de la hermana miseria propietarios.

CORO: Libertad, libertad, libertad...

Aparece Carón.

CARON: Qué es la libertad? ...  
La libertad no es nada;  
un desierto de huesos ya pelados  
donde el soñar pretende  
la alegría sembrar;  
donde el tedio florece  
y crecen el fracaso y la ambición...  
El tedio es un suicidio a largo plazo  
donde la bondad cansa,  
donde cansa el amor,  
donde el hombre  
para sentirse vivo  
tiene que alimentar  
a sus malos instintos.

CORO: Libertad, libertad, libertad...

JOSEL: Queremos libertad, Namel,  
qué nos contestas?

CARON: La libertad es un juego terrible;  
un juego metafísico;  
mariposa gigante  
que en nuestra red no cabe.

Desaparece Carón.

JOSEL: Qué nos dices, Namel,  
que nos contestas?

SULA: Vámonos ya, Josel.  
No lograremos nada por las buenas;  
ese hombre no tiene corazón...  
Que te perdone Dios.

CORO: No tiene, no tiene, no tiene...  
Ese hombre no tiene corazón.  
Que le perdone Dios.  
Que le perdone Dios.  
Que le perdone Dios.

En la Alcoba de Namel.  
Namel y Veriná, ambos con máscaras.

NAMEL: Qué me piden, Veriná?  
Me creen acaso un Dios?  
Yo más no puedo darles;  
son ellos los que deben liberarse  
de las negras miserias  
que les corroen el alma.

VERINA: De qué hablas, Namel?

NAMEL: Eh? ... Sólo pensaba en voz alta.

VERINA: Qué noche tan terrible.

NAMEL: Todavía en la cama?

VERINA: Me duele la cabeza...  
Namel, quiero pedirte  
que me dejes quedar en casa hoy.  
No he podido dormir un solo instante.  
Me siento fatigada.

NAMEL: Permanecer aquí?

VERINA: Debo lucir horrible, avejentada.  
Si pudiera descansar durante el día,  
por la noche me habré recuperado,  
lo verás.  
Retrocedido habrán estas ojeras,  
y si no, el maquillaje con la noche

cubrirán el desgaste... Te lo pido.  
No quiero que me vean  
en esta deplorable condición.  
Mi orgullo femenino se resiste;  
no puedo competir con tu frescura.

NAMEL:

Directo al corazón.

VERINA:

No lo tomes a mal;  
la ironía no ha sido mi intención.  
No miento cuando digo  
que me falta tu espíritu.  
No quieres comprenderlo; así lo siento.  
Mi lugar está ya en la mecedora,  
rodeada de hijos  
que nunca hemos tenido,  
tal vez de algunos nietos  
de normal aptitud  
por amor aumentada;  
mandándolos callar  
con voz desafinada  
porque ya no es posible  
soportar tanto ruido;  
revisando las fotos  
en vida convertidas;  
y por placer llorando;  
tirando largo puente  
por encima del ayer  
para ir a caer  
cada vez más atrás.  
Lo de hoy no me importa:  
yo tuve mi momento,  
vivido intensamente y terminado.  
Bastantes han nacido  
después que lo hice yo,  
para llenar el mundo y los vacíos  
que mis sueños truncados le dejaron.  
Lo comprendes, Namel?  
Me cansa aparentar lo que no soy;  
pretender que me creo  
lo que los otros dicen que me creen.

NAMEL:

La gente qué dira  
si no te ven conmigo?

VERINA:

La gente qué me importa?

Cuán poco su valor y cuánto exigen.  
Cuán poco la queremos  
y cuánto sus deseos complacemos.  
La gente me da náuseas.  
En el mundo tú y yo; con los demás  
el libro está cerrado.

NAMEL:

A ti no te interesa, te lo acepto.  
Mas no es mucho pedir que tú comprendas  
que para mí la gente y lo que piensa es  
importante.  
Tendremos que volver a discutir sobre  
lo mismo?

VERINA:

No lo creo necesario.  
Cuál provecho tendríamos? ...  
Tan solo más distancia entre los dos.  
Tanto tú como yo  
nos hemos desposado  
con nuestros pensamientos  
y a ellos somos fieles;  
ninguno cederá, puedes jurarlo.

NAMEL:

Como antes estamos.  
Te vistes o te quedas?

VERINA:

Aprendí a obedecer  
al que sería mi esposo  
durmiendo en el regazo de mamá.  
Tú eres el hombre y mandas;  
decir "sí" es mi papel en esta obra.

NAMEL:

No lo pongas así.  
Si no quieres no vayas...  
De veras te lo digo;  
contigo yo no quiero discutir.  
Eres tú  
la única persona  
que puedo hacer feliz  
todavía...  
No quiero que estas fiestas  
se conviertan  
en causa de disgustos  
para ti.

VERINA:

No lo será, Namel;

me place complacerte...  
Tu alegría es bastante para mí.

Se escuchan ruidosas carcajadas.

Se acerca tu gobierno.  
Cuéntale algunos chistes, entreténlos.  
Diles que en dos minutos partiremos.

Sale Veriná.

NAMEL: Muchas gracias, querida... Muchas gracias.

Entran Anarón y los tres Consejeros.

PRIMERO: Buenas.

ANARON: Muy buenos días.

SEGUNDO: Al salvador saludo.

PRIMERO: La gente se ha lanzado  
con el sol a las calles  
y el alborozo es uno, immaculado.

NAMEL: Puedo saber cuál era  
la causa de la risa?

PRIMERO: Pues fue...

SEGUNDO: Vas a decirlo?

PRIMERO: Es chiste bueno sin duda.

SEGUNDO: Pero comprenderás...

TERCER: El sabrá perdonarlo.

SEGUNDO: No lo dudo.

PRIMER: No ve por qué ocultarlo;  
tan sólo es una muestra  
de ingenio popular.

NAMEL: Me sentaré a esperarlo?

ANARON:

Favor de darte prisa.  
Si comenzamos tarde  
no tendremos bastante  
con las horas del día;  
debemos ir a misa;  
después de terminada  
corriendo al nuevo parque  
a develar tu estatua;  
después la recepción  
en el ayuntamiento;  
después otra carrera  
para cortar las cintas  
de nuevas carreteras;  
después viene el desfile militar...

NAMEL: Y después y después, venga el infierno.  
Qué han llegado a creerse?  
Para tal maratón dos Namel se precisan.  
Quién tuvo la bragueta  
de cargar el programa  
con tanta estupidez?  
Apuesto a que fue usted.

SEGUNDO: Podemos cancelar  
si algo le molesta.

NAMEL: Todo, todo me molesta;  
usted encabezando.  
Ya me tiene cansado  
con su afán de lucirse;  
pariendo reuniones  
para poder estar en los periódicos.  
Cuánto da a los fotógrafos  
si lo ponen a dañar el primer plano?

SEGUNDO: Yo nunca les he dado...

NAMEL: No discuta, le ruego.  
Cuándo va a jubilarse?  
Poco tiempo le queda  
entre ahora y la tumba;  
dése prisa y retírese  
o no podrá gozar  
del dinero que al pueblo le ha robado.

ANARON: Pero... por Dios, Namel.

NAMEL: Vas a negarlo?  
Si me he conservado en el poder  
no ha sido por estúpido;  
sé muy bien de que pata  
cojea cada mulo.

ANARON: Ya está bueno...  
Por qué tardas?  
Pasados los minutos  
que nos dan importancia,  
la tardanza es indicio  
de mala educación.

NAMEL: Nunca llega a destiempo el que gobierna,  
ni es mala su crianza.  
Y bien, hermano mío,  
queridos consejeros,  
quiero saber el cuento.

ANARON: De qué cuento nos hablas?

NAMEL: Del de las carcajadas  
subiendo la escalera.

ANARON: Ah, de ese...  
Tonterías...  
Uno más de los miles que circulan  
en boca de los siempre descontentos.  
Ay, Namel.  
Hace quince minutos  
que el tiempo es ya cumplido  
y todavía no tienes la ropa necesaria.

NAMEL: Pienso asistir así.  
Tienes alguna queja?

ANARON: Qué me importa?  
Desnudo estaría bien, si así quisieras.  
Dónde está Veriná?

NAMEL: Supongo que esperando que se larguen  
para poder entrar en su aposento,  
que según puede verse no lo es más  
sino una plaza pública.  
Son ustedes los miembros de la banda?  
Comiencen a tocar

y daremos la vuelta a la glorieta  
de gancho con las damas... Dónde están?  
Cuándo llegan los niños?  
Hacen falta sus juegos y sus gritos.  
Veriná... los adora...  
En dónde se ha escondido el vendedor de  
maníes?

PRIMER: Se ha levantado usted  
de un humor formidable.

NAMEL: Lo nota por extraño?

PRIMER: No, no, no...  
no he querido decir...

NAMEL: Deglútase la excusa;  
la mierda no menearla, ya se ha dicho.

TERCER: Por qué no nos marchamos? ... Ya escucharon:  
no podrán estar listos  
mientras permanezcamos... Buenos días.

NAMEL: No he dado mi permiso. Adónde va?

TERCER: Hace un rato nos dijo...

NAMEL: Todavía no preciso  
que ustedes me recuerden mis palabras.

TERCER: Le pido mis disculpas.

TERCER: Qué le pasa?  
Piensa sembrar legumbre entre las cejas?  
El surco ya lo tiene  
y creo que el polvo también.  
Vamos, vamos, por Dios;  
su cara es una ofensa  
para este día glorioso.  
Sería mucho pedirle una sonrisa? ...  
Vamos, vamos a ver: sonría...  
Miren que cara...

Interior de la Iglesia.  
El Coro. Luego entrarán Veriná,  
Anarón, los tres Consejeros y Namel,  
quitándose la máscara.

CORO: — No hay nadie que le diga  
que debe estar alegre?

— Decreto del Gobierno:  
la risa es necesaria.

— Por un ceño fruncido...

— Veinte años de cárcel.

— Por una cara triste...

— La cárcel para siempre.

— Por una sola lágrima...

— La pena capital.

— Se dice que se han hecho  
convenios muy secretos  
con el juez de los cielos,  
quien dictará sentencia  
en los casos muy graves.

— Para aquel que derrame  
lágrimas abundantes,  
la eternidad del fuego  
su castigo será.

— Ja ja ja, ja ja ja,  
ja ja ja, ja ja ja.

Aparece Carón.

CARON: No has tenido bastante?

NAMEL: Demasiado he tenido.

CARON: Y entonces?

NAMEL: Qué me dices?

CARON: Como la piedra es dura tu cabeza.

NAMEL: Un eco de asperezas.

CARON: Ese lujo yo puedo permitirme:  
Poder está en mis manos.

NAMEL: Cruel lujo en los que mandan.

CARON: Y un ridículo lujo en los mandados.  
Como quiera llevas las de perder.

NAMEL: Pero no para siempre.

CARON: Por mucho tiempo al menos;  
mientras yo siga viviendo.  
Y en verdad, te lo juro,  
dar de comer a mis propios gusanos  
no pienso por ahora.

CORO: Ja ja ja, ja ja ja,  
ja ja ja, ja ja ja.

CARON: Vuélvete con tu pueblo,  
y al rosario que tienes  
une un fracaso más.

CORO: Ja... Ja... Já.

Desaparece Carón.

— Moisés no le hizo caso,  
como todos ya sabemos;  
decidió lo contrario:  
renovar sus esfuerzos.

En el Local Clandestino.

NAMEL: Te darán el dinero y el vestido  
si es tu índice ágil;  
si es tu voz hay resonancias de cadáveres  
te dejarán marchar,  
escaparte bien lejos del recuerdo  
en busca de la tierra prometida  
después de la montaña color cielo,  
confundida con él; pero en la tierra;  
con tu airada palabra convertida  
en voz que no se duda,  
voz que viene de arriba

y que señala el camino a seguir.  
Y entonces a vivir...  
la historia en narración a convertir,  
las agujas zurciendo,  
las lupas agrandando,  
recordar olvidando  
por siempre y para siempre.

CORO:

— Su meta era salvar  
el dorado pueblo,  
y para tal efecto  
se dedicó a luchar.  
Con divina destreza,  
la guerra clandestina,  
como plagas divinas,  
impulsó con presteza,  
y opuso al despotismo  
su misma villanía,  
poniendo al terrorismo  
como plato del día.  
Al igual que en un partido  
de ajedrez, no se dudaba  
que sería el vencido  
quien a más le mataran,  
y ansiosos por llegar  
a este bello desierto,  
en eso de matar  
nos gamos el premio.  
Y en un cerrar de ojos,  
el tirano acosado,  
con impaciente enojo  
cedió... y nos dio paso.

— Demos gracias a Dios.

— Namel nos liberó.  
Nuestra voz elevemos  
al reino de los cielos,  
pidiendo que lo bañe  
su eterna protección.

— Demos gracias a Dios.

— Que conserve la paz  
que estamos disfrutando.

— Que así sea.

— Que deje que Namel  
nos siga gobernando.

— Que así sea.

— Que su salud conserve,  
que duplique sus días,  
que haga dulce sus horas,  
que aumente su alegría.

— Que así sea.

— Qué grande bendición  
esta que le ha tocado  
a este pueblo de Dios  
por Namel gobernado.

— Demos gracias.

— El músico, el obrero  
y el hombre de los campos.

— Que den gracias.

— El joven estudiante,  
la mujer y el soldado.

— Que den gracias.

— Que agradezca el dentista,  
el abogado, el médico,  
el chofer de automóvil,  
el actor y el bombero.

— Que den gracias.

— Y todos los que olvido mencionar,  
que den gracias también por tanta paz.

Se abrazan en cadena.

— Ja ja ja, ja ja ja, ja ja ja ja,  
ja ja ja, ja ja ja, ja ja ja ja.

— Y repletos de amor  
todos ya reconfortados,  
demostramos gracias a Dios:  
la misa ha terminado.

— Demos gracias a Dios,  
demostramos gracias a Dios,  
demostramos gracias a Dios,  
por fin ya terminó.

Namel se arrodilla, mientras todos se  
retiran.

NAMEL:

Viviré eternamente  
adentro de tu Gloria,  
donde el amor es todo,  
donde es una la paz,  
donde no tiene paso  
la red de la mentira,  
donde es fruto la fe  
y es verdad la esperanza,  
donde por fin volvemos  
comprendiendo,  
a la unidad con Dios.  
Qué caminos me diste  
para llegar a ti:  
portador de tu ley,  
con el mal dominado  
brotando de tu cetro  
de poder,  
guiado por las nubes  
a través de los mares  
que se abrieron,  
a través de lo yermo,  
las piedras convertidas  
en senos de una leche  
cristalina,  
los trigales del aire  
lloviendo su pan blanco  
y las aves del cielo  
calmando el apetito.

CORO:

Qué nos detiene el día?  
Qué sinrazón  
se convierte en amiga de la noche  
para hacer más extenso el reino de las sombras?

En el Atrio de la Iglesia.

PRIMER:

Muy bella ceremonia, muy piadosa.

SEGUNDO:

El sermón del obispo  
modelo es de oratoria.

PRIMER:

De recordarse es digno.

SEGUNDO:

Supongo que será recomendado  
para el sacro colegio.

TERCER:

No lo dudo.

CORO:

Nos hicimos aliados de lo obscuro  
protegidos por las sábanas y el sueño;  
con materia fugaz  
construimos un mundo de ilusiones  
y en él estamos presos,  
entristados,  
desprovistos de la luz de la verdad  
que le da eternidad  
a la materia humana.

PRIMER:

Señor... señor Namel, cómo se suda.  
Promete ser un día del infierno...  
Por el calor lo digo.

NAMEL:

Qué deseas?

PRIMER:

Supongo no querrá que lo molesten  
con cosas del Gobierno en esta hora;  
pero el caso es que hoy...

NAMEL:

Bien lo ha supuesto.

PRIMER:

Todavía no le dije...  
Yo quería presentar una querrela...

NAMEL:

Que supuso usted bien, vuelvo y repito:  
No escucharé problemas del Gobierno,  
ni tampoco de ustedes.  
Bastante tengo ya  
con el ruido que mete el pensamiento.  
Tiene usted todo el año para intrigas;  
conceda vacación a la bajeza en este día.

PRIMER: Pero dice mi horóscopo...

NAMEL: Que diga lo que quiera.  
Yo también leí el mío, y me aconseja  
que gaste todo el día en diversiones.

PRIMER: Pero es muy importante.

NAMEL: La suerte del país está en peligro?

PRIMER: Bueno, no del país...

NAMEL: Pues entonces, olvídelo.

PRIMER: Perdona... yo quería...

NAMEL: Si quería, ya no quieres;  
problema concluido...  
Qué del chiste?

PRIMER: Perdona, no lo entiendo.

NAMEL: No se haga usted más tonto de la cuenta...  
Tal vez si me confiesa  
el por qué de las risas en mi casa,  
yo saque dos minutos  
y le escuche su queja.

PRIMER: Señor...

NAMEL: Qué le parece?

PRIMER: La verdad que me tienta.

NAMEL: No debe temer nada.

PRIMER: No es que tema...

NAMEL: Pues bueno.  
Vamos, vamos al grano.

ANARON: Ven conmigo.

NAMEL: Ahora te dedicas a censor?

PRIMER: Perdonen, me parece

que mi esposa me llama... Qué calor.  
Se suda que se suda sin parar...

ANARON: Por qué dijiste eso?

NAMEL: No finjas inocencia:  
oíste que ese tonto iba a contarme  
el chiste que tú quieres ocultarme.

ANARON: Te portas como un niño.  
Por cosas importantes  
interrumpí tu charla.  
y además,  
qué valor puede haber en una broma?

NAMEL: El valor del silencio  
en que quieres guardarla.

ANARON: No conviertas en sólido tu angustia.  
Quieres que te cuente?

NAMEL: Te escucho... si te atreves.

ANARON: Me has hecho renunciar a muchas cosas;  
pero nunca a mi ausencia de temor.

NAMEL: Fue tan solo un decir.  
Sabes que no sería  
capaz de hacerte daño;  
si hay algo que respeto  
son los lazos de la sangre.

ANARON: Hay los lazos de sangre  
y los lazos traidores  
que nos tira la sangre derramada.

NAMEL: De verdad que me crees...?

ANARON: Carece de importancia.  
Lo vital es ahora  
sacarte de tu pena;  
golocina al bebé  
que no le quiere dar  
la debida atención a sus mayores.  
Lo que tanto te ocupa y te preocupa  
es lo siguiente:



En uno de esos sótanos  
de vida clandestina  
se encuentran dos amigos  
del gobierno enemigos  
veteranos los dos.  
Como uno de ellos gasta  
deslumbrante sonrisa  
y no el fruncido ceño acostumbrado,  
el otro le pregunta:  
"La alegría por qué?  
Todavía nos gobierna Namel".  
"Sí. Más hoy recibí  
una buena noticia".  
"Cuál esta puede ser  
que no sea su final?"  
Y el de antes, regodeándose, le dice:  
"Que no podrá ir al cielo cuando muera".  
"Quién lo dice, y por qué?"  
sin perder su mal genio le pregunta.  
"Lo dicen los ancianos,  
que todo lo averiguan.  
El porqué: porque Dios  
en miedo se ha metido, pues sospecha  
que si lo deja entrar en sus dominios,  
apoyado en las milicias celestiales  
le dará un "coup d'etat",  
y adiós poder de Dios.  
Por eso y mucho más  
dió órdenes a Pedro  
de no dejarlo entrar... No te contentas?"  
Y el otro, que ha escuchado  
con la cabeza baja,  
suspira y dice triste:  
"Pobre, pobre Satán;  
de su infierno también  
lo van a desterrar".

Namel ríe.

Te encuentras más tranquilo?

NAMEL:

Mi pueblo está perdiendo su buen gusto.  
Decadencia, lo llaman.  
Esa broma la cargan a todos los tiranos.

ANARON:

A todos los tiranos, tú lo dices.

NAMEL:

Ignoran el valor de las palabras:  
Tiranía le dicen  
a todo lo que frene  
sus instintos de bestias,  
y le llaman tirano al que gobierna  
mirando hacia el futuro.  
Te lo digo:  
si querer el progreso es mala cosa,  
con gusto soy malvado.

ANARON:

Como quieras.  
Pero ahora,  
pasemos a otro asunto;  
lo que venía a decirte.

NAMEL:

Vomítalo deprisa.

ANARON:

Ahí te va el telegrama:  
"Temerosos,  
punto y coma,  
es posible que estalle una revuelta".

NAMEL:

Nuevamente?

ANARON:

No olvidemos el "punto"  
que manda la gramática.

NAMEL:

El miedo es el tejido de tu vida.

ANARON:

Mas bien de tu Gobierno.  
Gracias a él te sientas todavía  
en la primera silla.

NAMEL:

Magnífico rebote.

ANARON:

Desde antes que el Sol  
sacara sus narices  
han habido protestas  
por todos los rincones de los barrios.  
Hace algunos minutos,  
a mitad de la misa,  
me ha comunicado  
el Jefe del Servicio  
Secreto del Gobierno,  
que más de doce bombas estallaron

en establecimientos  
de expendio de bebidas.

NAMEL: Muy bien, muy bien, muy bien.  
Y el se ha puesto a rascarse la barriga?

ANARON: Logró aprender a uno.

NAMEL: Milagros de los cielos.  
Lo ha hecho confesar? ... Dime qué ha dicho?

ANARON: "Queremos libertad".

NAMEL: Tremenda novedad.  
Me estás tomando el pelo?

ANARON: Fue lo único  
que supieron sacarle.  
Ni siquiera pudieron  
averiguar su nombre.

NAMEL: Que supieron? ... pudieron? ...  
Es que acaso? ...

ANARON: Sí, murió.  
No pudo soportar el tratamiento  
que tus fieles guardianes le dieron.  
Por unas circulares de protesta  
que tenía en los bolsillos,  
se pudo averiguar  
que seguía a Josel.

NAMEL: Josel, Josel de nuevo.

ANARON: Es natural.  
Previne todo esto  
cuando lo aprisionaste  
sin ni siquiera un juicio  
que pudiera zurcir las apariencias.  
Recuerda, lo advertí:  
no es posible seguir  
negando a todo un pueblo  
el derecho a expresión  
en nombre de una paz  
que se pudrió por dentro;

de una paz debilmente sostenida  
con macanas y rejas y fusiles.

NAMEL: Conoces otra forma  
mejor de sostenerla?

ANARON: Con pureza,  
con pureza;  
nada más que con pureza.

NAMEL: No molestes.  
Por oír tus consejos esto pasa;  
de haberse eliminado, como dije,  
todo habría terminado.

ANARON: Mas te hubiera valido  
el haberle escuchado y entendido.

NAMEL: Por supuesto. El quería  
que le cediera el gobierno, y según tú,  
debí de dárselo.

ANARON: No te pidió el gobierno:  
solicitó permiso, solamente,  
para darle materia  
al flujo de sus sueños.  
Pudiste comprenderlo fácilmente  
con un mínimo esfuerzo  
de tu orgullo enfermizo;  
pero no:  
lo metiste entre rejas, confirmando  
que la razón le asiste en todo lo que dice.  
Tonto eres, Namel, si no comprendes:  
ni rejas, ni paredes  
son lo bastante fuertes  
para ponerle costo a la esperanza.

NAMEL: Sí, lo sé;  
la única atadura verdadera...  
es la muerte.

ANARON: El es más peligroso prisionero  
que gritando en tu contra por las calles.  
Tú mismo lo conviertes en un mito  
por el que hay que luchar.  
Y la lucha es honor,

es hermosa, es divina.  
Quien resiste el ambrujo  
de ser opositor?  
No pudimos nosotros  
en contra de Carón;  
las bombas que hoy explotan  
son hijas de intenciones  
de las que tú y yo,  
veinte años atrás,  
en contra del tirano  
hicimos explotar.

NAMEL: Y nada nunca pudo detenernos,  
por supuesto... Sólo la muerte  
hubiera podido... Sólo ella tenía  
la fuerza suficiente  
para darle final a nuestra guerra.  
La muerte, claro está.

ANARON: Qué planeas.

NAMEL: Nunca debí escucharte.

ANARON: Yo no te pedí la cárcel para él;  
te pedí libertad, Namel,  
la libertad.

NAMEL: Pero no más, me entiendes?

ANARON: Pon caso a lo que digo.

NAMEL: No quiero más consejos  
desde este momento.  
Es mi deseo que hoy,  
ahora mismo,  
lo ejecuten.  
Da la orden.  
Una fuga truncada es lo indicado.  
Lo quiero acribillado, destrozado,  
donde todos lo vean.  
El médico legista, que sea tarde;  
que la sangre en el suelo se endurezca...  
No habrá ya más protestas, lo verás.  
La paz hay que comprarla  
con la sangre que corre  
afuera de las venas.

El Coro, desde fuera.

CORO: Viva, viva Namel,  
Viva, viva.

SEGUNDO: Ya se inicia el desfile hacia la plaza...  
Por usted esperamos, don Namel.  
Escucha usted los vivas? ... Qué alegría.  
Podremos admirar su bella estatua  
finalmente.

CORO: Viva, viva Namel,  
viva, viva.

En una habitación pobre.  
Josel, Sula y Anarón.

JOSEL: A qué has venido, Anarón?

ANARON: Me complace la gente como tú:  
directo a lo que importa.  
No te haré perder el tiempo.

JOSEL: Mejor para los dos...  
qué tienes que decirme?

ANARON: Vengo a proponerte una entrevista con Namel.

SULA: Dijo él una entrevista?

JOSEL: Dónde? ... Cuándo? ... Por qué?

ANARON: El dónde es el Palacio;  
el cuándo, cuando gustes,  
o mejor es decir:  
cuando sea más propicio,  
lo más pronto, mejor;  
el por qué, tú lo sabes, yo supongo:  
tendrás muchas razones para hablarle.

SULA: Ha dicho que en Palacio?

JOSEL: Vamos, vamos, Anarón;  
el seno de mi madre  
abandoné hace mucho;  
qué garantías me das?

ANARON: Por desgracia, no tengo seguridad que darte. Debes confiar en mí.

SULA: Eso dijo el León y se comió al cordero.

JOSEL: Dame alguna razón para creerte.

ANARON: Bastaría que dijera que yo quiero lo mismo que tú quieres?

SULA: Me temo que no basta.

JOSEL: Cómo puedo creerte? ... Eres su hermano.

ANARON: Lo comprendo... Y entonces, cómo podré explicarte? ... Fue tan corto el intervalo que dividió el impulso de la acción, que el tiempo me faltó para buscar excusas y pretextos; me viniste a la mente y sin perder un minuto encontré tu escondite y aquí estoy... Por Dios, debes creerme... Tengo miedo, miedo, miedo... Es la única razón que me viene a la mente.

JOSEL: Te debo ser sincero: me alegra oírte eso.

SULA: Las cosas andan mal por las alturas?

ANARON: Supongo que reflejan lo de abajo.

SULA: Ya era hora.

ANARON: Sí, ya es hora: la verdad, no comprendo cómo pude aguantar la peste a podredumbre

que de ustedes nos llega, natural es que... No. No debo permitir que el orgullo me ciegue... Han hablado verdad: ha llegado el momento de hacer algo.

JOSEL: Qué sucede?

ANARON: No vayas a pensar que es debilidad la causa de mi miedo. Es todo lo contrario: mi temor es la próxima llegada de una demostración de fuerza exagerada, incontrolable.

JOSEL: No te entiendo.

ANARON: Si temo es por ustedes.

JOSEL: Hay algún plan rampante en contra de nosotros?

ANARON: No lo hay, todavía, que yo sepa; pero ya lo presiento.

JOSEL: Todo está tan mal tramado que parece verdad.

SULA: Cuidado... Podría ser la obra capital del genio de los genios.

ANARON: Oh, mi Dios.

En la Calle.  
Pasa el séquito.

CORO: Viva, viva Namel, viva, viva.

SEGUNDO: Oiga como deliran las masas por usted. Don Namel, qué gran día. Qué gran día.

En la habitación pobre.

- JOSEL: Respóndeme, Anarón:  
por qué si estás de acuerdo con nosotros  
no le has hablado tú.
- ANARON: Lo hice hasta hace un tiempo;  
ya no tiene sentido.  
Todo el Palacio está podrido,  
incluyéndome a mí.
- JOSEL: Por qué has venido, entonces?
- ANARON: Te dije lo que quiero:  
que le hables, lo convenzas.  
Ya está en nuestras narices  
lo que nos viene encima:  
destrucción, sangre, muerte;  
nuevamente las plagas azotando,  
manchando las conciencias  
por siempre y para siempre.
- SULA: Cuáles conciencias dices?
- ANARON: Sí, lo sé;  
las nuestras ya lo están...  
pero no la de ustedes.
- JOSEL: Desde cuándo el interés?
- ANARON: Qué se yo? Qué te importa?  
Por qué si tanto gustas discutir  
no lo haces con él?  
Haz acopio de fuerzas para entonces;  
vas a necesitarlas.
- JOSEL: No te creo.  
Por qué tanto idealismo trasnochado?
- ANARON: Por qué? ... Por qué? ... Por qué? ...  
Qué importan los por qué en esta hora?  
De veras no vislumbras el peligro?  
De no hacer algo pronto  
nos hundiremos todos.
- JOSEL: Ah... mejor.

- ANARON: Comienzo a ver más claro:  
tienes miedo... por tí.
- ANARON: Eso, eso:  
piensa que es egoísmo.  
Borra todo lo de antes.  
Tengo miedo  
de perder  
el poder;  
allá todos tememos;  
nos parece  
que logrando  
que se ablande  
la mano de Namel,  
podremos prolongar nuestro reinado  
por unos cuantos años,  
meses, mejor digamos.  
Encontramos tu voz muy convincente y...  
por eso hoy te llamo.  
Eres un clavo ardiente, nada más.
- JOSEL: Por qué debería yo  
cooperar con ustedes, si es así?
- ANARON: Me cago en tus abuelos.  
Serás tan solo un niño?  
Será que tienes miedo? ...  
Con tus años, Namel  
no le hubiera dado  
dos chances a la duda.  
Tal vez tenga él razón  
y sólo son ustedes  
caricaturas tristes  
de revolucionarios.
- JOSEL: Eso dice?
- En la calle.  
El séquito.
- CORO: Viva, viva Namel,  
viva, viva.
- Queremos libertad.
- NAMEL: Escuchó usted?

SEGUNDO: Se refiere usted al pueblo? ...  
Lo escuché.

NAMEL: Me referí a una voz que protestaba.

SEGUNDO: No, no, no. Eso no.  
De seguro que a usted le pareció.  
Quién iría a protestar?

En la habitación pobre.

ANARON: Te estoy dando la ocasión que necesitas  
para alcanzar un triunfo inmaculado.

JOSEL: Supón que me interesen  
victorias de otra clase;  
supón que pretendemos aplastarlos;  
borrar a cada uno;  
que no quede ni señal de su existencia.

ANARON: Entonces no tendría razón ninguna  
mi cuerpo en este sitio;  
habría llegado tarde;  
muy tarde para ustedes...  
Quién sabe si muy tarde  
también para los otros  
que vendrán detrás de ustedes...  
Sí, muy tarde.

JOSEL: Todo suena a amenaza.

ANARON: Muy temprano tal vez  
para el bien de la tierra.  
Por qué Dios no nos dió  
las palabras exactas?  
Por qué nos enterró entre tantas letras,  
camaleónicos símbolos  
de la dura impotencia? ...  
De veras que prefieres  
la victoria  
de la bestia?  
De veras que no quieres  
hacer del hombre un triunfo  
con el triunfo  
que supera  
lo animal.

Desde fuera.

NAMEL: Anarón...

ANARON: Mas cercano que nunca  
se encuentra el eslabón...  
Hasta cuando  
seguiremos  
siendo hermanos  
de los monos  
gritadores,  
sin la voz  
articulada  
que es reflejo  
de la esencia de Dios?

Desde fuera.

NAMEL: Vete a cumplir mi orden.

ANARON: Está bien...  
he sido derrotado;  
no es ninguna noticia interesante.  
Como siempre,  
los sueños permanecen en su puesto;  
guardados en el cráneo;  
criando telarañas;  
quemándose a sí mismos...  
renaciendo...  
Las cenizas de los sueños  
solamente otros sueños parirán.

En la calle.  
El séquito.

NAMEL: Quieres que busque alguien que tu deber  
releve?

ANARON: No... No ha de ser así.

NAMEL: Qué te pasa, Anarón?

ANARON: Qué me puede pasar? ...  
Que estoy perdiendo el tiempo, nada más.  
Ahora voy a cumplir con mi deber.  
Pido perdón por la tardanza.

NAMEL: No te vayas.

ANARON: No me irás a decir  
que has cambiado de idea?  
Ya es muy tarde, mi hermano;  
ya la suerte está echada.

Se va.

CORO: Libertad, libertad,  
libertad, libertad.

NAMEL: Y ahora qué me dice,  
compañero?

SEGUNDO: Son tan solo muchachos;  
no saben lo que quieren.  
Pararía usted en loco  
si les hiciera caso.

El Coro entra.

CORO: Libertad, libertad,  
libertad, libertad...

— Devuélvele a Josel  
su libertad de acción.  
Devuélvelo a su gente.

— Libertad, libertad...

— Que venga con su pueblo.  
Con él a la cabeza buscaremos;

Buscaremos cielos al sol,  
los buscaremos...  
y haremos realidad nuestra mañana.

NAMEL: Silencio.

CORO: El resplandor lo vimos  
y no llegó la aurora...  
En dónde te apresaron, Padre Sol.  
En dónde te escondiste, padre Sol?  
Tus rayos ya no asoman.  
Quién te ha detenido?  
Es quizás que te han asesinado?  
Responde, padre Sol...

De la multitud se desprende Sula.

PRIMER: Paren a esa mujer.

VERINA: Ten cuidado, Namel.

SEGUNDO: Dios de dioses.

SOLDADO: Disparen.

SULA: No, no, no me hagan nada.

NAMEL: Alto, todos tranquilos.  
Déjenla que se acerque.

PRIMER: No tiene ningún arma?

SULA: Sólo quiero besar a nuestro héroe.

NAMEL: Mi esposa está presente.

VERINA: A besos en la calle no les temo.

Sula lo besa.

SULA: Namel... yo... quiero hablarte.

NAMEL: Dí.

SULA: No con tantos oídos apuntando.

VERINA: Me retiro.  
Quedan en libertad.

NAMEL: Pronto estaré contigo.

VERINA: Por mí no tengas prisa.

Sale.

NAMEL: Son sordos? No han oído?  
Vamos, vamos, caminen.

Sale el séquito.

Si mi vida de ustedes dependiera,  
mis huesos serían polvo.

SULA: Muchas gracias.

NAMEL: Qué deseas?

SULA: Continuar con los besos  
y después otras cosas.

NAMEL: Muy bien, muy bien;  
mujer directa.  
No pudiste escoger  
un lugar más privado?  
Verdad que no hay peligro,  
como dice mi esposa;  
pero el placer resulta limitado.

SULA: Es el único sitio  
donde pude encontrarte,  
aún a riesgo de un tiro en la sesera.

NAMEL: Quieres que te visite?

SULA: Por favor. Mi dirección es: calle...

NAMEL: No... Mejor ven a casa.

SULA: No se puede;  
lo intenté muchas veces  
y no logré acercarme ni al portón.

NAMEL: Comprenderás, me asedian.  
  
Desde fuera.  
Te esperamos, Namel.

NAMEL: Ahí está mi conciencia.  
Esta tarde a las tres.  
Hablaré con mis guardas  
y no tendrás problemas.

SULA: Que así sea.

NAMEL: Nos hemos visto antes?

SULA: No; soy virgen aún.

NAMEL: Tan solo hasta las tres.

SULA: Así me gusta.  
  
Saliendo.  
  
Viva, viva Namel.

CORO: Viva, viva.  
  
— Ya se acerca.  
Se puede adivinar su elegante figura  
precidiendo el desfile.

CORO: Viva, viva.  
  
En la plaza.

NAMEL: Vamos ya, Veriná.

VERINA: Para cuándo es la cita?

NAMEL: No ves que es una niña?

VERINA: Las prefieres...

NAMEL: Por favor.

CORO: Viva, viva, viva Namel.

VERINA: Tu mentira vitorean; me parece muy bien:  
Ese eres tú, y él el pueblo  
que tu gobierno merece,  
y esto es la libertad:  
multitud desenfrenada que vocea por las calles,  
y en lo adentro, la basura entronizada.  
En verdad hoy recuerdo lo que me imaginé  
cuando aún no celebrábamos victorias;  
no es esta libertad la que pensé  
como un campo de flores y de olores  
donde no se sabía  
lo que brillaba más;  
si el Sol que gobernaba o la pureza  
que a la tierra le daba su alimento.  
Veinte años de espera, para esto...

Aparece el Conspirador, atado.



CONSPIRADOR: No, no, nunca se nos dijo  
lo que la libertad significaba.  
Es acaso comprar  
un boleto de entrada a la matanza? ...  
Nos hemos hecho reos de lo odiado;  
sin saberlo hemos dado  
un paso irretornable.  
Por siempre y para siempre nuestras manos  
teñidas de crepúsculo estarán.

CORO: — Y ya puso su planta en esta plaza  
que su nombre decora.  
Escucharán su voz  
desde esta tribuna  
y después gozarán  
con su efigie esculpida  
que él develará.  
Si señores, él mismo.

CONSPIRADOR: Dime, dime Namel:  
No pudimos buscar la libertad  
de forma más humana?  
Ha sido necesario todo esto?

NAMEL: No hay alternativas:

Sube a la tribuna.

El hombre debe ser  
lo que su mundo ordena,  
y lo que Dios le exige...  
el corazón adentro amordazado,  
los dos ojos cerrados  
para la compasión;  
el olfato del perro cazador,  
del conejo el instinto,  
las garras de la fiera,  
la frente como ariete abriendo paso;  
rompiendo tierra y mar si es necesario,  
indestructible máquina de guerra  
para alcanzar la paz tan deseada.  
Es el débil aprendiendo  
lo que el fuerte le señala con ejemplos:  
la muerte matarás sólo matando  
(divina ley que nunca será escrita).  
Si el que cae no conoces

olvidalo al instante;  
si es tu hermano, no llores,  
el llorar no revive,  
construye con sus huesos una barca,  
un puente, una lanza  
o lo que necesites  
para huir del infierno:  
Orfeo con su canto y Euridice  
al hombre despertando  
y sin mirar atrás.  
Atrás dejando el trabajar para otro  
que no ha ligado la sangre a nosotros,  
las serpientes tragadas por serpientes,  
el agua envenenada,  
el corazón de Dios endurecido,  
el corazón haciendo Dios temblar;  
dejando a las espaldas  
ese trueno pequeño de la mano  
y el ígneo escupitajo de su boca;  
atrás dejando el látigo,  
la vidente injusticia,  
la muerte por las calles disfrazada,  
el venderse por hambre,  
el por hambre comprar,  
el pan que nunca crece  
y la necesidad que siempre crece  
apenas mitigada  
por el bocado amargo conseguido  
con una humillación:  
yerba que como el animal de carga  
después de ser golpeado:  
por siempre y para siempre atrás quedando  
la guerra, fratricida  
como todas las guerras,  
desprimogenizando al enemigo  
y al amigo también.  
El ángel destructor,  
espíritu del hombre,  
en ley inapelable convirtiendo  
la mancha de la sangre en la conciencia;  
la pupila en la noche vigilando  
la muerte que no llega,  
tras la puerta escondida,  
mirando si está limpio tu puñal:  
te salvas si has matado;  
si no has matado, no.

Y la tábula rasa  
sobre todos pasada;  
el mundo convertido  
en cueva de asesinos,  
todo está listo ya:  
tenemos que vestirnos para el viaje  
y al cordero colgar en una cruz  
después de los milagros;  
comer su carne toda  
sin quebrantar sus huesos  
(también es ley divina  
al justo asesinar);  
ese es el sacrificio que nos salva  
y habrá que repetirlo  
mientras un hombre pueda  
obligar a su hermano a convertirse  
en estatua de sal;  
mientras un hombre pueda, caprichoso,  
la salida del sol asesinar.

CORO:

Viva, viva Namel;  
viva, viva.

— Ya llegó el gran momento:  
Namel va a develar su vera efigie  
plasmada en mármol blanco.  
Ya se acerca,  
ya se acerca,  
ya se acerca... ya está.

Namel quita el paño blanco. Debajo de  
él aparece Josel. El Coro grita y corre  
en desorden, para salir. Solo quedan  
Namel y Josel. Pasillo en el palacio.

JOSEL:

Si matas al hermano  
tú mismo te estarás asesinando.  
Si para huir renuncias  
a tu nombre de humano  
nada podrás dejar en el pasado  
Iremos con la muerte a las espaldas;  
pero no perseguidos solamente:  
con la muerte cargada.

NAMEL:

Cállate ya... Cállate ya...

JOSEL:

Tú me obligas, Namel... Yo lo siento...

Josel se tira sobre Namel, y lo sujeta  
por el cuello. Forcejean.

NAMEL:

Guardas... guardas... a mí,  
Guardas... guardas... me matan...  
Guardas...

Entran dos guardas y sujetan a Josel.  
El coro entra con la misma confusión  
y los rodea.

No puedo más...  
Tengo que descansar...  
Vamos a Palacio...  
Vamos a casa...

Todos van saliendo. En la plaza sólo  
queda la blanca estatua.

CORO:

Libertad, libertad,  
libertad, libertad...

En la Alcoba de Namel. Veriná, con  
máscara, lo ayuda a quitarse la ropa,  
después de hacerle beber un calmante.

VERINA:

Toma... Bébetelo esto...  
Dormirás un momento  
y esta noche en el banquete  
estarás como nuevo.  
Le dije a los demás que cancelaran  
las otras ceremonias;  
o al menos tu presencia;  
serás representado.

NAMEL:

Qué pasó?

VERINA:

Supongo que el calor.  
Te fuiste haciendo pálido;  
sudabas grandemente, y si no te sostienen  
te hubieras desplomado.

NAMEL:

En presencia de todos? Qué vergüenza.

VERINA:

Nadie pudo notarlo;  
sólo el grupo más íntimo.  
Tienes que prometerme que sin falta,  
mañana muy temprano,  
te verás con el médico.  
No te veo muy bien últimamente.  
Cualquier cosa resuelta en el principio  
es tontería; pero un mal pequeño,  
si hay descuido se convierte en gigante...  
y adiós vida... Lo prometes?

NAMEL:

Sí, lo prometo...  
Qué me diste a beber? ... Me estoy durmiendo.

VERINA:

Te duermes del cansancio,  
no por el buen amigo  
que me endulza las noches  
cuando se hace más dura la vela  
que cualquier pesadilla...

NAMEL:

Sí, sí, te lo prometo.  
Yo tampoco me veo muy bien... últimamente  
Me asaltan pensamientos negativos  
día y noche, y vivo sobre ascuas.  
No creo que sea un tumor ni nada parecido...  
es algo en el cerebro... o el espíritu...

VERINA:

Duerme... duerme... descansa...

NAMEL:

Si el pueblo se dio cuenta  
de mi debilidad,  
me perderá el respeto...  
Las masas sólo quieren  
la fuerza que no tienen...  
Respetan lo que falta...  
en sus vidas de hormigas...

Veriná se quita la máscara y se aleja un  
poco del lecho.

VERINA:

La muerte para él?  
Para un compañero?  
Para quien por la causa,  
su vida puso en riesgo muchas veces?  
Namel... No sería justo.

NAMEL:

El nos ha traicionado.

VERINA:

Qué palabra tan gruesa es traicionar.

NAMEL:

Tienes tú otra en que quepa  
lo que ha hecho ese hombre?

VERINA:

Soñar, le ajustaría.

NAMEL:

Soñar es una causa;  
traición un resultado.

VERINA:

No todos poseemos  
la fuerza que tú tienes.

NAMEL:

Pero deben tenerla:  
nuestra lucha se hace en nuestra fuerza.  
Permitir a ese hombre  
que extienda su dudar  
es abrir una brecha  
para que haga su entrada destrucción.  
No podemos dejar que permanezca  
la manzana podrida  
si queremos triunfar en el mañana.

VERINA:

Namel, hemos vencido;  
debemos aflojar esas tensiones  
que por poco destruyen nuestras vidas.  
La fuerza para el hierro  
con que daremos cuerpo a nuestros sueños;  
para el hombre el amor, para que olvide  
disfrutando la paz.

NAMEL:

También en tu persona  
caló la virulencia;  
pronto dañó a las otras  
la manzana podrida,  
hasta a ti, Veriná,  
que me prestaste fuerzas  
cuando me vi perdido.  
Recién hemos nacido,  
nos hallamos sin ropa, sin defensa,  
no podemos saber qué nos depara el mundo.  
Millones de peligros nos rodean  
y vamos a dejar que en nuestro propio cuerpo  
la subversión,

vestida de moral o de remordimiento,  
nos llene de veneno?  
Qué tú entiendes por paz?  
Es acaso olvidar y permitir  
que reina la indolencia?  
Será tener paciencia para ver  
cómo se vuelve polvo  
lo que hemos conseguido?  
Tan solo una batalla hemos ganado,  
nos queda la más dura, Veriná:  
luchar contra el deseo a renunciar  
con que al mundo venimos.  
Entre ahora y el cielo  
todavía queda mucho que escalar.  
Hay que ser inflexibles  
si queremos probar  
que hemos sido formados  
con materia divina.

VERINA:

Seguiremos entonces  
el camino de odio que trazamos  
como atajo,  
gobernados por esas circunstancias  
que silencian  
la parte humanitaria de nosotros...  
Hasta cuándo, Namel?  
Busquemos lucidez.  
No defiendo su vida, que él no quiere;  
defiendo nuestras vidas:  
las de nosotros dos, las de los otros.  
El me dijo una vez,  
antes de nuestro triunfo,  
que debajo de nuestros pensamientos  
de libertad y gloria para el pueblo  
se hallaba un egoísmo disfrazado.  
Yo no le puse caso:  
la fé que me dictaba tu ideal,  
tal vez las ansias  
de justificación;  
tal vez mi amor por ti,  
desterraba la duda.  
La verdad era nuestra, eso pensaba;  
yo la creía mi aliada hasta hace poco...  
Pero al oírte hablar la vi alejarse:  
qué inespugnable luce tu poder!  
Tengo miedo, Namel, por vez primera;

una red de preguntas me aprisiona:  
no estaremos dejando  
las cosas como estaban?  
No estaremos cambiando solamente  
las cabezas que mandan?  
No seremos nosotros el obstáculo  
que se debe salvar?  
Y si es así, Namel,  
qué crimen más horrendo el de nosotros.  
Entonces es verdad lo que él nos dice:  
los hombres y mujeres,  
los ancianos y niños que se han ido,  
son el precio tremendo, y nada más,  
de tu felicidad y de la mía.

CORO:

Sol, Padre Sol,  
cómo pudieron esconderte  
en el predio pequeño  
del cuerpo del humano?

Veriná, después de ponerse su máscara,  
se ha ido, cuidadosamente, para no des-  
pertarlo. Aparece el conspirador, atado.

CONSPIRADOR:

Yo sólo soy culpable  
de no haber comprendido  
mucho más tiempo antes  
que faltar a los otros  
es faltar a uno mismo.

CORO:

Ahí estás, Padre Sol,  
eternamente vivo,  
quemándonos por dentro  
con tu amor luminoso.

CONSPIRADOR:

Daré gracias a ustedes  
por ser manos de Dios  
y a Dios por devolverme  
la fe que había perdido en su justicia.

CORO:

Tu resplandor se libera a cada instante,  
Padre Sol, por las bocas  
que con sed de verdad  
vas abriendo en la noche.  
Ya es posible escuchar la voz del gallo  
que con bronce rebelde está anunciando

el inicio de un imperio de certezas  
en donde la esperanza se hará carne.

Pasillo en el Palacio.  
Namel, con máscara. Entra Josel.

JOSEL: Namel.

NAMEL: Eh? ... Quién? ... Josel. Cómo has entrado?

JOSEL: Silencio.

NAMEL: A mí, guardas.

JOSEL: No los llames.  
No vengo a hacerte daño;  
crémelo. No temas!

NAMEL: Qué te hace pensar que siento miedo?

JOSEL: Tan solo es un decir.  
Por favor, no hagas ruido.  
Mi intención es hablarte solamente.

CONSPIRADOR: No me importan las razones que los muevan  
a dictar la sentencia que me borre  
de este mundo de imágenes torcidas;  
yo sabré por qué llega mi martirio  
porque sé cuáles leyes he infringido.  
No será por temor a los contrarios,  
ni será por dudar de la victoria;  
no será por sembrar el descontento,  
ni tampoco será, como se dice,  
por traición a los altos ideales  
de un pueblo que procura libertad.  
Será por mancillar las puras leyes  
que inspiraron la lucha que hoy camina  
por sus propias antípodas sangrientas.

NAMEL: Cómo entraste?  
Cada pulgada está bien vigilada.

JOSEL: No existen los obstáculos  
cuando en verdad se quiere.

NAMEL: Una respuesta que no dice nada.

JOSEL: Es todo cuanto puedo confesarte.

NAMEL: Pasadizos ocultos no los hay...  
entonces... hay traición.

JOSEL: Esas grandes palabras deja a un lado,  
no las necesitamos.  
Una pequeña charla  
que ha de ser amistosa  
no puede dar motivos  
a tal acusación.

NAMEL: Y si hubieras venido a aniquilarme?

JOSEL: Sólo podría hacerlo  
con mis propias dos manos.  
Se tomaron las debidas previsiones,  
fui cacheado.

NAMEL: Entonces es verdad:  
te han permitido entrar.  
Dime quién fue?

JOSEL: Tú ponte en mi lugar. Si fueras yo,  
lo dirías?

NAMEL: Lo sabré.  
Quienquiera que haya sido,  
pagará con su vida.

JOSEL: No estarás dando cuerpo  
a la frase impensada?

NAMEL: Qué sugieres?

JOSEL: Me refiero al "no temas".

NAMEL: No es temor;  
mi vida ya no es mía;  
pertenece a la Patria;  
debe ser protegida porque es símbolo  
del gobierno y las leyes.

Aparece Sula y desaparece.

Pero, vamos al grano: qué te trae?

JOSEL: La verdad que no sé cómo empezar:  
los pensamientos me giran alocados  
y me faltan palabras.

NAMEL: Al orador del pueblo?

JOSEL: Al hombre que no sabe  
ponerse de rodillas.

NAMEL: Ponerse de rodillas...  
Entonces es verdad  
que viene por las buenas...  
Comiéndame a rogar.

JOSEL: No me cierras las puertas  
apenas empezando...  
Sí... Te vengo a rogar,  
olvidemos orgullo,  
muy poca cosa es  
con la paz comparado...  
De rodillas caeré, si te complace  
ver a un hombre humillado.

Aparece Sula y desaparece.

JOSEL: Ni siquiera te pido, escucha bien,  
que me des tu respuesta ahora mismo;  
puedes buscar consulta;  
pedir que te aconseje  
la persona que más  
merezca tu confianza.  
La semana que viene,  
si te parece bien,  
me dirás qué decides.  
Me marcharé contento si me dices  
que lo vas a pensar.  
Si en verdad fuiste grande,  
si no mienten los viejos  
al llamarte "gran héroe",  
un resto quedará  
debajo de tu piel  
manchada de la fiera.

NAMEL: No te permitiré  
que me insultes.

JOSEL: Te pido me perdones,  
no he querido ofenderte...  
pero tanto se habla.

NAMEL: Pero tanto tú hablas.  
Crees acaso que nunca he oído tus discursos?  
Recuerdas aquel día de carnaval  
en el cual tus palabras transformaron  
la fiesta en guerra abierta?

Aparece Sula.

SULA: Vámonos ya, Josel.  
No lograremos nada por las buenas,  
ese hombre no tiene corazón.

NAMEL: Claro que la conozco, es su mujer.  
Cómo no me di cuenta.

SULA: Que te perdone Dios.

Desaparece Sula.

JOSEL: Lo recuerdo...  
Pero no es culpa mía;  
la política exige... los insultos.

NAMEL: En la calle, ya sé,  
se dicen muchas cosas  
que dicta demagogia,  
tan solo valoradas por su ruido,  
buscando reacciones inmediatas,  
pero aquí, sin testigos,  
sin aguardar aplausos,  
sin buscar seguidores,  
las palabras se cargan de sentido  
y el blanco está en el pecho.

SULA: Desde fuera.  
Ese hombre no tiene corazón.

NAMEL: Conque soy una ruina para ti.  
Me importa que no creas en el pasado,  
pero negarme al menos  
un resabio de humano,

compararme a una fiera... es demasiado.  
No voy a permitirlo, te repito.

JOSEL:

Te ofendí.  
Gracias, gracias mi Dios.  
Qué sonrisa se me abre  
dentro del corazón.  
Verdad es que provees  
cuando tenemos fe  
no importa si esta es ciega.  
Lo comprendes, Namel?  
No eres una piedra  
roída y nada más.  
Sé que hablo tonterías...  
Olvida, olvida todo...  
No importa qué creí;  
yo estaba equivocado;  
nuevamente te pido me perdones...  
Sólo te conocía  
filtrado por decretos,  
por fotos de periódicos  
con pies amargadores;  
filtrado por las quejas y los chistes...  
Mas si te han molestado mis palabras  
signo es de que algo late  
detrás de las medallas.  
Renace la esperanza:  
de amor y comprensión yo vengo a hablarte,  
y amor y comprensión tú puedes dar.

NAMEL:

Serás inteligente o hay verdad  
en esa emoción loca?

JOSEL:

Es verdadera.  
Perdona mi torpeza  
pero es que no pensaba tropezarme  
con un hombre que aún...

NAMEL:

Procura no alabarme;  
más inclinado estoy  
a creer el insulto  
que la palabra amable.  
Qué deseas?

JOSEL:

Lo supones, supongo:  
que nos dejes marchar.

Aparece Carón.

CARON:

Que los deje marchar?

NAMEL:

A qué viene la risa?  
No ves que este fracaso es tu fracaso  
y el de todo lo humano?

CARON:

Lo humano es algo abstracto;  
al hombre yo conozco,  
y el hombre ya olvidó desde hace tiempo  
qué el triunfo significa.  
Podrá ganar al vencer un dolor  
de cabeza o estómago;  
cortando una diarrea...  
pero lo que pretendes  
con tu constante asedio  
de mosca o de mosquito;  
lo que triunfar se llama,  
te guste o te disguste,  
sólo sucederá  
en los cuentos de hadas.

Aparece el Conspirador.

CONSPIRADOR:

Yo ya lo he comprendido:  
con esta farsa inmunda de justicia  
que se pretende usar para zurcir  
los hoyos que rasgaron sus conciencias,  
se adentran en la senda que conduce  
por los mundos oscuros del fracaso.

JOSEL:

Namel, todavía es tiempo:  
mis manos están limpias;  
las manos de los míos  
también limpias están.

NAMEL:

No tienes sentimientos.

CARON:

Cuestión de ver las cosas  
desde un distinto ángulo.  
En cuanto a mi respecta,  
yo soy mejor que tú.

JOSEL:

Déjanos levantar nuestro futuro  
sobre un piso limpiado de asperezas.

CARON: Yo le enseño a los hombres la esperanza;  
tú los obligas a desesperar.

CONSPIRADOR: No pierdan mucho tiempo:  
levántese el jurado.  
Digan todos a una:  
"En el nombre de Dios te condenamos".

NAMEL: No digas tonterías.

CARON: Qué hacen tus hombres hoy...?  
Pedir a Dios. Creer  
aunque nada reciban;  
soñar todas las noches  
que con el día vendrá  
el final de las penas;  
esperar que algún día  
el sí que hay en sus ojos  
flotando como niebla  
en vida se convierta.

JOSEL: Déjanos encontrar un sentido en tus manchas;  
un sentido en las manchas de los tuyos.

CARON: Y el creer y el soñar y el pensar  
gracias a mí lo gozan.  
Con eso y con el odio que me tienen  
es más que suficiente  
para hacerles creer que están viviendo.

CONSPIRADOR: Añoraré el cadalso  
en los minutos largos de la espera;  
yo seré liberado  
de este remordimiento  
por la paz que se logra con la muerte.

JOSEL: Nosotros lo diremos a la historia:  
gracias al sacrificio  
de Namel y sus hombres  
podemos hoy vivir  
con paz en la conciencia;  
la verdadera y única paz  
que precisa el hombre.

CARON: En cambio, tú qué quieres?  
Llevarlos a un desierto

disfrazado de vía al paraíso,  
donde con cada etapa  
un girón de esperanza caerá.

NAMEL: Que los deje marchar.  
Que los deje marchar.  
Que los deje marchar.  
Adónde, dime adónde.  
Al infierno? ...  
Vamos, vamos, responde.

JOSEL: Si quieres que te ponga un alfiler  
en un lugar del mapa del futuro, no podré;  
pero te puedo hablar  
de cientos de caminos  
que conducen al sol.

NAMEL: El sol es fuego y quema.

JOSEL: Queremos arriesgarnos.

NAMEL: Hay mucho que perder  
y poco que ganar.

JOSEL: Cuando nada se tiene  
aún el esfuerzo es provecho.

NAMEL: Nada, nada...  
Levantar de la nada todo un pueblo  
no te parece algo?

Aparece Sula.

SULA: No logaremos nada por la buena.

CARON: Pon al hombre lejana la esperanza  
y luchará por ella;  
si se la pones cerca  
no tendrá ningún arma.

JOSEL: Para qué construir  
montones de edificios,  
si los que en ellos moran son esclavos.  
Queremos libertad para seguir  
escarbando en el hombre su bondad.



CONSPIRADOR: Para los que me sobrevivan  
el castigo será ver derrumbarse  
con certeza impiadosa su esperanza;  
ese mundo ilusorio que crearon,  
olvidando poner buenos simientos.  
La verdad no se alza  
en tierra de mentiras,  
el amor se marchita  
si se riega con sangre,  
y la paz es locura  
si en la muerte se basa.

SULA: Ese hombre no tiene corazón.

CARON: No puedes darte cuenta  
de cuál es su único tesoro;  
que lo único que tienen  
es esa dura hambre  
de tener libertad?

CONSPIRADOR: Qué futuro más triste les espera  
en un mundo de odios,  
que dejan más revuelto  
que el que a ustedes dejaron;  
en un mundo en que sobran  
los que ven la carroña  
debajo de la ropa.  
Yo no quiero esa vida... La regalo.

JOSEL: Lo comprendes, Namel?  
Tan solo pretendemos  
coronar tu labor, no destruirla;  
llevarla más allá;  
tu nombre hacer más grande.  
Tú pusiste la base, lo aceptamos,  
y te damos las gracias.  
Permítenos ahora cooperar.  
No queremos el progreso de la piedra;  
no nos basta.  
Queremos liberarnos de la intriga,  
del bienestar comprado con vergüenza;  
del futuro achicado por la honra.  
Queremos levantar un monumento perdurable  
con la carne del hombre y con su espíritu;  
queremos mantenernos  
afuera de la cueva de asesinos...

SULA: Que te perdone Dios...

Namel grita y se despierta.

Entra un guarda.

— La mujer que esperaba llegó.

NAMEL: La registraron?

CORO: — Sí.

NAMEL: Dile que pase.

Sale.

Conque dices  
que no lograrán nada por las buenas...  
Las buenas para ti, puta asquerosa,  
será mi miembro erecto en tu vagina.  
Ya veremos si cambias de pensar...

Entra Sula.

SULA: Cuántas manos buscadoras de placer.  
Tus hombres siempre gozan las mujeres  
antes que tú lo hagas?

NAMEL: Las órdenes son órdenes:  
deben saber si hay armas escondidas.

SULA: En los senos?  
En el sexo?  
Me gustaría saber  
si así también registran tu mujer.

NAMEL: Cuidado con tu boca.

SULA: Perdón...

NAMEL: Cómo te llamas?

SULA: No me llamo; me llaman  
con un nombre muy corriente  
que a nadie dice nada.

NAMEL: Los nombres nunca dicen; es el hombre  
quien a un montón de letras  
más o menos sonoras las convierte  
en símbolo inmortal de sus virtudes.

SULA: O en símbolo inmortal de sus defectos.

NAMEL: Pretendes criticarme?

SULA: Por qué querría yo hacerlo?

NAMEL: Cuando yo soy la víctima  
mayor es el placer de los chismosos.

SULA: Sus motivos tendrán, yo no los tengo.

NAMEL: Oyes hablar de mí?

SULA: Y quién no habla de ti?

NAMEL: Dime lo que te han dicho.

SULA: Lo que el pueblo repite.

NAMEL: Rehuyes contestar?

SULA: No hay ninguna razón:  
ya te dije  
que no tengo  
nada de qué culparte.

NAMEL: No te infundo temor?

SULA: Temor del salvador?

NAMEL: Y ese dejo de ironía?

SULA: Estará en tus oídos.

NAMEL: No me gustan los juegos:  
qué te han dicho?

SULA: Quiénes me dicen qué?

NAMEL: Todo el pueblo, tu... madre...  
Qué te dices

a ti misma?  
Dí, qué piensas de mí?

SULA: Cuando pase esta tarde lo veremos.

NAMEL: Ya te dije  
que no gusto  
de los juegos.

SULA: Está bien, está bien... El pueblo dice  
que eres lo más grande bajo el cielo,  
que sin ti no seríamos más que triste basura,  
que nunca morirás...

NAMEL: No hablo de los mitos.

SULA: En los hombres  
como tú  
no es posible saber  
dónde empieza la verdad  
dónde acaba la mentira.

NAMEL: Detesto la alabanza;  
me encuentro rodeado de reptiles.  
Quién te habló de alabarme?

SULA: Preguntas demasiado.  
Pensé que tú aceptaste mi venida  
para sentir mi cuerpo,  
no a escuchar mis palabras.

NAMEL: Nada de prisa tengo;  
te quedan muchas horas  
para probar mis bríos.

SULA: Que resistan los míos  
es cuanto yo pretendo.

NAMEL: Si mal no lo recuerdo, me dijiste  
que no habías conocido sexualmente  
ningún hombre;  
sin embargo  
no hablas como virgen:  
tu descaro es señal de experiencia.

SULA: No debes preocuparte:  
mi tesoro lo he guardado para ti.

NAMEL: Tampoco me complacen las mentiras.

SULA: Te digo la verdad;  
y si no son bastante mis palabras,  
testimonios te esperan muy cercanos.

NAMEL: No me refiero a eso...  
Aunque yo sea el primero,  
por mí no has esperado.

SULA: Y esto a ti qué te importa?  
Las cosas son según como resultan;  
si al final no logramos  
lo que nos propusimos,  
qué puede ya importar?

NAMEL: Me odiarás?

SULA: Todavía más preguntas?

NAMEL: Me odiarás?

SULA: Cómo puedo saberlo?

NAMEL: Me das sólo tu cuerpo o algo más?

SULA: Con mi cuerpo ya tienes suficiente.  
Qué más quieres?

NAMEL: Tú me odias.

SULA: Qué te importa?

NAMEL: Tú me odias.  
Con gusto me hundirías  
un puñal en el pecho.

SULA: De dónde sacas eso?

NAMEL: Dime tú la verdad...

SULA: La libertad nos diste,  
gracias a ti escapamos de Carón,

gracias a ti vencimos el desierto,  
gracias a ti...

NAMEL: Ya calla,  
calla, calla, lo sé.  
Y sé de muchas cosas  
que los demás ignoran.  
Pero no es suficiente...  
me piden más y más.  
Qué desean? ...  
Qué deseas? ...  
No soy un Dios.  
No estamos en el cielo.  
Por qué no conformarse  
con lo que hemos ganado?  
No será lo mejor  
que dicta el pensamiento,  
pero vida es al fin.

SULA: También vive el que espera  
en la celda  
que el verdugo  
su vestido de luto no sentido  
termine de vestirse.

NAMEL: Me hablas de tu amante?

SULA: De mi amante? ...  
Ya te dije:  
nunca he sido tocada.

NAMEL: Mentira, no me engañas.

SULA: Te deseo, Namel,  
quiero ir a tu cama,  
quiero ser tu mujer,  
decirte lo que nunca te dijeron,  
complacerte...

NAMEL: Más mentiras, mentiras.  
Todo, todo es mentira.  
Lo que quieres es comprar  
la libertad de él,  
de Josel,  
poniendo de moneda tus encantos.

SULA: Me conoces, entonces?

NAMEL: Tú y yo nos encontramos en aquella mañana entre las máscaras; íbas del brazo de él, lo acariciabas. Tengo buena memoria... sobre todo para los enemigos. Como ves, te conozco, pero tú no a mí. Qué te has creído: Pensaste que yo soy un viejo verde que cambia cualquier cosa por segundos de placer? ... Te pasa por creer lo que murmura el pueblo. No mujer; yo regalo vestidos, joyas, viajes, empleos a los maridos, y hasta esposos cuando dejo sembrada la barriga; pero nunca, me oyes? pongo en juego las cosas del gobierno y la justicia. Tu amante se ha ganado su castigo; ya no verá jamás la luz del sol.

SULA: Un poco de piedad, Namel, te pido: te juro que saldremos del país para ya no volver.

NAMEL: Tú me pides piedad? ... Ya te olvidaste que corazón no tengo?

SULA: Tú podrías demostrarme lo contrario si yo pensara así; pero no es verdad; yo confío en tu bondad. Sí, Namel: él no quería venir a hablar contigo el día en que a la cárcel lo mandaste; pensaba que era inútil, y yo lo convencí de que era lo mejor intentar por las buenas; le dije que aceptara la invitación a verte que le hicieron; le dije que pulsara tus cuerdas más sensibles, segura de que habría comprensión. Aquello de aquel día de carnaval no lo tomes en cuenta: los gritos, los insultos, el calor, aquella confusión...

Lo dije por despecho, sin usar la razón.

NAMEL: No me importa. Qué te hace suponer que me interesa la forma en que tú piensas?

SULA: Es verdad que soy virgen, y hoy te iba a dar mi cuerpo. Renunciaba con eso a casarme con él, y lo hacía resignada pues prefiero perderlo con tal de verlo libre. Nunca tuve otro novio: la escuela, cuando niños, nos unió, y ya se nos llegaba después de larga espera el día del matrimonio mucho tiempo soñado. Te imaginas, Namel, aún así iba a fingir placer... placer contigo, la culpa de mi mal, para poder salvarlo...

NAMEL: Me tiene sin cuidado.

SULA: No es posible.

NAMEL: Sí lo es...

SULA: Entonces es verdad que eres solamente un monstruo desalmado.

NAMEL: Sí, lo soy; no lo dudes: un monstruo, un carnicero. No notas en mis manos la sangre de Josel? mira, mira, ahí está.

SULA: La sangre de... Qué dices?

NAMEL: Yo lo mande a matar. Seguro que a esta hora se encuentra panza arriba rodeado de moscas.

SULA: Mentira... vil engaño...  
para mortificarme...

NAMEL: Verdad...  
Mañana leerás en los periódicos  
que trató de escapar y fue alcanzado  
"ley de fuga" lo llaman.

SULA: Por qué habrías de hacerlo? ...  
Dime que no es verdad.

NAMEL: Deja de preocuparte por un muerto.  
Ven a mis brazos, ven,  
que quiero ver tu sangre de doncella.

SULA: Suéltame... suéltame...

NAMEL: Después le contarás a tus amigas  
que estuviste conmigo  
y todas te envidiarán...

SULA: Suéltame... suéltame...

NAMEL: Nadie vendrá en tu ayuda...

SULA: Bestia inmunda.  
  
Entra Veriná, con un ramo de  
flores de papel.

VERINA: Qué sucede?

NAMEL: Veriná.

VERINA: Se arrepintió la niña a última hora?  
Lamento interrumpir. Muy buenas tardes...  
Y bien, dime que esperas para irte?  
llegó la dueña de esto.

SULA: Yo, señora...

VERINA: Le pagaste, Namel, o quieres que le pague?

NAMEL: Veriná...

VERINA: Cuánto es lo convenido? ... Me perdonas:  
no sé de las tarifas de las putas.

SULA: Se equivoca, señora:  
no soy lo que usted piensa.

VERINA: Ah, lo siento.  
Tal vez es manicura o enfermera;  
tal vez es una monja.

SULA: Vine a hablar con su esposo.

VERINA: Nada más?

SULA: A pedirle un favor que me ha negado.

VERINA: Namel, me da vergüenza...  
Es posible que tú,  
siempre tan complaciente con las faldas,  
le niegues a esta niña tan hermosa lo que pide?  
Dónde se te escondió tu buena educación? ...  
Vamos a ver, qué quieres?  
Un abrigo de pieles? Una casa?  
Quizás un automóvil?  
De todo se consigue en esta alcoba  
si el material que ofreces como paga  
es bueno y abundante.

SULA: Yo soy la prometida de Josel;  
quiero su libertad.

VERINA: Vaya... La oposición  
se ha infiltrado en la cama...  
Prometida de Josel? ...  
Entonces, tú eres Sula...  
Sula la tan mentada...  
Quería conocerte...  
Por qué lloras?  
Me lo has dicho: te ha negado el favor.  
Era de esperarse.  
Qué edad tienes?

SULA: Me ha dicho que dio orden de matarlo.

VERINA: No le creas...  
Le ofreciste tu cuerpo como cambio?

Te lo exigió él así?  
No, no. No me respondas...  
Eres muy joven...  
Tendrás menos de veinte;  
la edad de las empresas arriesgadas.  
Namel, por qué le has dicho  
que mataste a Josel?  
No está bien solazarse  
con la tragedia ajena... Pobre niña.  
Desecha los temores.  
Puedes estar segura  
de que goza salud tu prometido...  
Me equivoco? ... Lo ves? ... Vuelve a tu casa  
y da gracias a Dios, si tienes fe:  
tú saldrás de la mía como entraste;  
guardando tu tesoro para él.  
Un favor personal... no desesperes:  
puede llegar la suerte  
cuando menos se aguarda.

SULA: Me va a ayudar usted?

VERINA: Te pido me perdones lo que dije;  
no sabía...  
Yo también me habría dado al enemigo  
de haberse precisado para salvar a éste.  
Yo te admiro; pon tu frente bien alta.

SULA: Muchas gracias.

VERINA: Por qué?  
Yo fui como tú eres;  
en mi nombre lo hago.

Sale Sula.

Monstruo, monstruo.

NAMEL: Veriná, no me acuses, tú no sabes...

VERINA: Debo yo saber más  
de lo que he aprendido en esta tarde?  
Es bastante,  
demasiado.  
Sólo quedaba un resto  
de admiración por ti...

tú lo has asesinado... Sí, Namel...  
Yo pensaba que al menos respetabas  
la imagen que guardaba de nosotros;  
de aquellos bellos jóvenes que fuimos,  
soñadores y puros; pero no,  
también has mancillado los recuerdos.  
No has pensado que yo fui esa niña?  
no has pensado que tú eras ese joven  
que encierras porque quiere libertad?  
A mí me has ultrajado;  
tú mismo te condenas.

CORO: Al final de lo oscuro  
se encuentran nuestros cielos infinitos;  
cielos, cielos infinitos,  
infinitos.

Namel y Veriná comienzan a pre-  
pararse para sus bodas.

NAMEL: Qué nos ha sucedido?  
Dónde fue nuestro amor? En qué momento  
lo dejamos perdido  
en el largo camino  
hasta el hoy.

VERINA: El existe, Namel;  
palpita en lo que vive.  
Nos morimos tú y yo  
un poco a cada instante  
de esta lepra incurable del olvido,  
que no mata al olvidado;  
pero sí al olvidador.  
No lo ves así, mi esposo? ...  
Hemos sido borrados del amor.

En la Iglesia.  
El Coro se coloca a ambos lados.  
El Sacerdote, de espaldas al Centro.  
Namel y Veriná caminan hacia allá.

CORO: Busca cielos, mi Sol,  
más allá, más adentro;  
pues en cada ser humano hay universos  
que alumbrar.

VERINA: Nuestro amor.

NAMEL: Nuestro amor.  
Lo presiento en la tierra que retiembla  
y en el muy leve temblor de unas alas.

VERINA: En ese sol que los campos agrieta  
y en la grieta donde muerta semilla  
parirá por el agua fecundada;  
en el mucho celar y perdonar;  
en querer, y no querer compartir  
lo que sentimos nuestro  
y a los otros se escapa,  
lo que de todos es  
y en el pecho guardamos,  
no robado,  
tan solo poseído;  
en el amor de los que aún no saben  
lo que amar significa  
y en el de los que olvidan  
lo que significó.

NAMEL: Nuestro amar es amor en plenitud;  
el Universo teniendo como eje  
lo que hay entre tú y yo.

VERINA: No más morir de amor:  
amar para vivir;  
para que comprendamos mutuamente  
cuán amplias son las cosas compartidas.

NAMEL: Tanto seremos uno,  
que al marcharse cualquiera de nosotros  
nada se perderá;  
seremos siempre dos.

VERINA: Tú...  
al mundo demostrando  
que con amor  
la muerte se amedrenta.

NAMEL: Tú...  
al mundo demostrando  
que con amor  
la muerte se puede asesinar.

VERINA: Y cuando ya sin noches y sin días,  
del humano sólo queden sus huellas:  
el sucio de la mano  
en la pared derruida;  
el hueco producido por el fócil;  
las botellas vacías,  
y el olor de la muerte;  
en todas esas cosas  
nuestro amor quedará.

CORO: Busca cielos, mi sol,  
más allá, más adentro;  
pues en cada ser humano hay universos  
que alumbrar.

Han llegado al altar. El Sacerdote  
se vuelve; es Josel.

JOSEL: Si matas al hermano  
tú mismo te estarás asesinando.  
Si para huir renuncias  
a tu nombre de humano  
nada podrás dejar en el pasado...

Entran dos guardas y sujetan a  
Josel.

Debes escucharme.

NAMEL: No te escucharé más.

JOSEL: Pobre, pobre Namel;  
te marchitó la edad;  
eres sólo un recuerdo  
de algo sido y pasado.

NAMEL: Que se lo lleven ya;  
que no hable con nadie;  
es un hombre peligroso.  
Póngalo en solitaria...

JOSEL: Escucharás en sueños  
la voz tan conocida  
que fue tuya y que es mía;  
voz que no muere nunca.

El Coro cubre a Josel.

Busca cielos, mi sol,  
más allá, más adentro;  
pues en cada ser humano hay universos  
que alumbrar.

Al retirarse el Coro, se ve al  
Conspirador, en el lugar que  
ocupaba Josel.

CONSPIRADOR: Salva el mundo, Namel, sálvalo hoy,  
para todos los hombres que vendrán  
buscando en esta tierra su camino.  
Tú no disfrutarás  
del sueño que tuviste y que has perdido;  
pero lo harás posible para el resto.  
Se llegó el terminar  
la grotesca cadena  
de animal perversión  
que comenzó Caín;  
es bastante, por Dios.  
Ya tienes en tus manos  
las riendas del poder...  
del poder restañar  
las heridas del Pueblo.  
Procura que la mía  
sea la última sangre derramada;  
la muralla final que entorpeció  
la rehabilitación.

Un Guarda se acerca al Conspirador  
por la espalda, con una pistola en  
la mano.

Que Dios los guíe.  
Me llevo la esperanza  
de que soy el rebote en la caída,  
y que a partir de hoy  
marcharán hacia arriba  
felices por amnésicos.  
Hacia el Sol.  
Es dura la tarea, lo comprendo...

NAMEL:

Cúmplase la sentencia...

CONSPIRADOR: Perdonen si no puedo estar presente  
para colaborar... Les digo...

El Guarda dispara. Desaparecen él  
y el Conspirador que cae. El Coro  
se moviliza.

CORO: Se derrumban los muros de la noche  
maldecidos por su propia negrura  
que no puede más crecer,  
y un alba color sangre  
se dibuja en las manos del humano...  
Sí, el Sol despuntará.

Con ocasionales lamentos, el Coro cubre  
el cuerpo y lo carga, acompañándolo  
con cirios, en procesión. Luego lo  
depositará y preparará la escena para  
un banquete. El cuerpo será la mesa.  
Sala de Fiestas del Palacio. Los tres  
Consejeros y Anarón.

PRIMER: Sea verdad o mentira, veinte años  
poco tiempo no es.

ANARON: Yo vuelvo y lo repito; lo importante  
será lo que contienen, no su largo.

PRIMER: Si en este punto entramos, me parece  
más verdad que mentira.

ANARON: No lo creo.  
Concedo a la verdad un diez por ciento;  
la mentira se queda con el resto.

SEGUNDO: Por Dios. No debemos ser tan categóricos.  
Si nos vamos al futuro; si juzgamos  
con juicio de los nietos y biznietos,  
qué podremos decir?

ANARON: Si queremos llegar a esas edades  
es preciso pasar  
primero por los hijos.

PRIMER: El Sol sale de día.



TERCER: Cuando no está nublado.  
No es tan simple lo dicho.  
debieron su/onerlo.  
Qué piensan nuestros hijos? ...  
Puedo hablar de los míos: me detestan...  
Y creo que con razón.

SEGUNDO: Si tú lo dices...

TERCER: Para ellos yo soy  
no más que un podador de porvenires.  
Con qué duro placer contemplarán  
mi cuerpo sin aliento;  
definitivamente separado  
de sus vidas.

SEGUNDO: Bah. Qué barbaridad.  
No conozco a los tuyos,  
no los puedo juzgar;  
pero en cuanto a los míos se refiere...

ANARON: Serán menos sinceros, más hipócritas.

SEGUNDO: Yo sé que soy querido.

ANARON: Y por qué no?  
Muchos buenos momentos  
han sido compartidos.  
Si se aman a los perros y los gatos,  
por qué no amar a un padre?

PRIMER: Son sofismas.

ANARON: Realidades.  
También quieren vivir.

Aparece Sula.

SULA: Ya no hay nada que hacer;  
los caminos del bien están bloqueados.

CORO: — Pero tú estás seguro?  
  
— Segurísimo:  
aproveché que estaban distraídos  
y levanté una esquina de la sábana.

— Cuidado si era otro.

— Era él, lo conozco.  
Como no conocerlo  
si todas las mañanas lo afeitaba?

SULA: Den la orden:  
todo hombre,  
niño, anciano o mujer que tenga fuerzas  
para portar un arma,  
que se reporte al centro clandestino  
más cercano  
de inmediato.

TERCER: El mayor de mis hijos  
me dijo hace unos días:  
"Veinte años de alegría  
para ti no es bastante;  
pues, qué te diré yo  
que no tengo ninguno?"  
Todos piensan igual  
y tienen sus razones:  
sus ojos ven las cosas  
de distinto color al color nuestro;  
lo llamado equilibrio por nosotros  
se torna en permanencia del pasado;  
la paz que disfrutamos  
les recuerda el silencio de los huesos  
en la fosa;  
seguridad es mierda:  
derecho de estar vivo si se calla...  
y así hasta el infinito.

Dos mundos por completo diferentes.

SEGUNDO: Yo lo llamo extremismo.

TERCER: Pues no estoy hum... seguro:  
después de discutir hasta el cansancio  
he tratado de entrar en sus vestidos.  
Conclusión? ...  
Yo también protestaba contra el miedo  
de mi padre; tú también...

SEGUNDO: Pero ahora no hay cadenas.

ANARON: Del hierro que es forjado por herreros  
no las hay;  
tampoco las había,  
en verdad,  
en nuestros días de guerra.  
Pedíamos derechos más sutiles  
que el derecho a mover  
nuestras dos manos.  
El de hablar, por ejemplo...

SEGUNDO: Ellos pueden hablar.

ANARON: No todos, yo diría.  
Buen ejemplo: Josel.

SEGUNDO: Más que ruidos ha hecho;  
la violencia buscó con sus discursos.

PRIMER: Detrás de cada frase de protesta  
la incitación se encuentra.

TERCER: Lo sabemos,  
aunque un poco,  
lo tenemos  
olvidado.

SULA: Los débiles también, que se presenten;  
hace falta trabajo de oficina,  
de limpieza de armas  
y de distribución.

CORO: — Como lo oyes:  
me lo dijo el barbero de Palacio.  
  
— El lo vió?  
  
— Como yo a ti te veo;  
me aseguró que está  
mas muerto que una piedra.

ANARON: Continuemos:  
terminado el capítulo  
que les toca a los hijos,  
pasemos a los nietos.  
Digamos, treinta años desde hoy:

creen que cambiara  
la apreciación de ahora? ... Yo no creo.  
Si cambia, será poco, para mal.

PRIMER: No es verdad.  
Debemos sopesar lo sucedido:  
los hechos... son los hechos los que importan.

ANARON: Todavía no podemos  
hacer útil  
la balanza;  
todavía nuestra historia  
no está finalizada. Falta el último  
segundo en que Natura  
si su paso no apura,  
se verá mancillada.  
Los pequeños defectos crecerán;  
suspendidas las obras de bien público,  
de prisiones harán  
los ingenieros vida;  
los doctores  
en derecho  
prenderán  
dos o tres formulitas  
para dar a los juicios  
ilusión de verdad  
y vivir;  
la labor de los jueces  
será mucho más fácil: aritmética:  
quince años o veinte o veinticinco  
dentro de grises muros;  
la muerte por defensa al equilibrio  
se untará en nuestro pan de cada día,  
y vendrán las venganzas y más bombas  
en un apocalipsis sin fronteras.

SEGUNDO: No será pesimismo?

ANARON: Qué más quisiera yo? ...  
Más el temor soñado tantas veces  
recién abrió sus puertas  
hacia la realidad.

TERCER: Qué ha sucedido?

ANARON: Esta misma mañana

mi hermano me ordenó  
darle muerte a Josel.

TERCER: Oh, Dios.

SEGUNDO: No vive ya?

ANARON: No he cumplido la orden.  
Me dirigí a la cárcel  
dispuesto a no efectuarla;  
porque de pronto vi  
que de hacerlo, yo sólo  
sería el responsable  
por no oponer mi fuerza a la del crimen...

Lo habrías matado tú?

PRIMER: No es que me plugiere;  
pero si es un peligro...  
Bueno, comprenderás;  
no es posible arriesgar  
nuestra seguridad.

ANARON: No, no es posible.  
Y tú, lo habrías matado?

SEGUNDO: Eh? ... Te diría que no;  
y es lo que querría;  
pero cómo decir que no a tu hermano?  
Será cambiar su vida por mi vida.

ANARON: Lo comprendo...  
Respóndeme tú ahora:  
le darías la muerte?

TERCER: Yo, jamás.  
Si en una encrucijada me encontrara  
dirigiría la bala  
a mi propio cerebro.

ANARON: Resultante:  
tampoco tú harías nada por salvarle;  
lo que me suponía...  
Me alegro de haber hecho lo que hice.  
Nada bueno  
perderemos

en Palacio;  
la basura irá a dar al basurero.

PRIMER: No te entiendo.

ANARON: Que la muerte te llegue en ignorancia.

SEGUNDO: Qué tú has hecho?

ANARON: Un buen cambio... Sin duda...  
Extraño... sumamente...  
Después de tanto tiempo de ignominia  
me bastaron minutos  
para vencer el miedo de perder  
esta comodidad irresponsable.  
Por qué no me di cuenta mucho antes?

CORO: — Yo lo vi;  
ya comienza a oler mal.

SULA: Preparan el plan "B" para las once;  
que cuando salga el Sol  
ya la ciudad sea nuestra.

TERCER: Le diste libertad?

ANARON: Te pido me perdones.  
Josel no es uno más;  
es el Namel de ellos;  
la voz de la esperanza levantada;  
la copa de bondades de la masa...  
Sin embargo nosotros, qué valemos? ...  
Es preciso escarbar profundamente  
para encontrar las huellas  
de lo humano...  
Si se encuentra... No se ofendan:  
en cuanto a mí respecta  
tendríamos que llegar hasta los huesos  
y ni así yo aseguro  
que algo se encontrara.  
Comprendan, por favor...  
Cómo justificar  
que seamos gobierno  
si somos incapaces  
de dominar las fallas  
en nuestros propios cuerpos? ... Imposible.

Aún haciendo el bien,  
yo me justificaba  
apelando a egoísmo; lo liberaba:  
por que yo fui la causa de su desgracia...  
Tonterías.  
Al salvar a Josel  
me estoy salvando;  
que manden los que sirven,  
que son ellos.

CORO: — Se dice que murió del corazón.  
— No digas tonterías:  
murió de indigestión.  
— Fue cirrosis hepática.  
— Fue cáncer del pulmón.  
— A quién van engañar:  
yo escuché un disparo  
a mitad de la tarde.

SULA: Los comandantes deben reportarse  
de inmediato.

CORO: Libertad, libertad,  
libertad, libertad.

SEGUNDO: Entonces, le diste libertad...

ANARON: Sí, mi amigo.  
No bastaba la abstención  
y le agregué la acción,  
previniendo que alguien se prestara  
a ejecutar la orden  
que desobedecí...  
La libertad de un pueblo, por nosotros,  
vivos putrefactos;  
un magnífico cambio.

SULA: El comando "N-4",  
con su sede en la cárcel,  
deberá proceder faltando un cuarto  
para la hora cero;  
que abran todas las celdas;

no sólo a los patriotas,  
también a los ladrones y asesinos;  
que salgan a la calle y que se ganen  
su libertad peleando por el pueblo.

Entran Veriná y Namel.

VERINA: Por qué tanto silencio?  
Sin que yo lo supiera murió alguien?

CORO: Yo lo vi:  
tenía un agujero en la cabeza;  
la sangre le manchaba todo el rostro.

VERINA: Será mucho pedir  
un poco de alegría? ...  
No la ordeno; la imploro.

CORO: Libertad, libertad,  
libertad, libertad.

— Dicen que fue Josel.

— No, que va:  
El está prisionero.

— Sé que fue Veriná:  
mi hermana que trabaja en el Palacio  
me dice que peleaban todo el día.

— Fue Anarón;  
lo dije hace ya tiempo:  
tiene trato con los conspiradores;  
es un hombre de bien.

VERINA: Sí, ya sé, lo comprendo:  
después de un día tan largo  
nuestras fuerzas se agotan.  
Vamos, traigan bebidas;  
que el alcohol dé un descanso  
al cansancio...  
Mejor es no pensar:  
decir a los sentidos  
que nada nos preocupa,  
y esperar entre risas sin raíces  
a que la noche acabe.

SEMICORO: Por el alma de Namel  
todos debemos rogar.

SEMICORO: Que Dios lo saque de pena  
y lo lleve a descansar.

PRIMER: La misa fue preciosa.

VERINA: Me aburrió.

PRIMER: Pero el sermón fue bueno.

VERINA: Tal vez un poco largo.

SULA: Sí, no importa;  
cuchillos o navajas, hasta escobas;  
lo importante es que todos tengan armas.

SEMICORO: Por el alma de Namel  
todos debemos rogar.

SEMICORO: Que Dios lo saque de pena  
y lo lleve a descansar.

VERINA: Qué piensa de la estatua?

PRIMER: Una obra de arte.

VERINA: No lo creo.  
Le aseguro  
que de tener Namel  
tal cara de zoquete  
ni lo hubiera mirado nisiquiera.

SEMICORO: Por el alma de Namel  
todos debemos rogar.

SEMICORO: Que Dios lo saque de pena  
y lo lleve a descansar.

Entra Josel.

SULA: Josel, tú?

JOSEL: Vida mía.

Se abrazan.

NAMEL: Ese hombre...  
No es posible...  
Está muerto...

CORO: No, Namel...  
Tú falleciste.

SULA: Qué ha pasado?

JOSEL: No sé:  
me dieron libertad  
y vine aquí corriendo.

NAMEL: Llamen pronto a la cárcel;  
confirmen si está allí;  
pregunten qué ha pasado.

VERINA: Qué sucede, Namel?

JOSEL: Creo que vi a Anarón  
rondando por la cárcel;  
pero no estoy seguro.  
Tal vez él dio la orden.

SULA: Tal vez fue Veriná.

CORO: Busca, busca la verdad,  
y podrás comprobar quién es el muerto.

NAMEL: Qué hay de esa llamada?

VERINA: Namel, tu voz.

CORO: Busca, busca la verdad...

NAMEL: Denme, denme un teléfono.

VERINA: Namel, estás enfermo?

CORO: y podrás comprobar quién es el muerto.

SULA: Todo está preparado;  
ven y habla a tu pueblo que te espera.

NAMEL: Diga, diga...

CORO: No te tardes, Namel  
o pronto no podrás reconocerte:  
la podredumbre llega y desfigura.

NAMEL: Ya no más evasivas.

JOSEL: No podemos  
ya dar marcha atrás.  
Ya estamos en la lucha;  
ya empieza la matanza  
que evitar no supimos vida mía;  
hoy es el día más triste de mi vida.

CORO: Busca, busca la verdad.

SULA: Quieren su libertad.

NAMEL: Ya no más evasivas.

SULA: Tu pueblo está esperando;  
enseñále el amor con tus palabras.

CORO: Busca, busca la verdad.

NAMEL: Se escapó...

CORO: La verdad...

NAMEL: Anarón, yo te ordené.

El coro descubre el cadáver.

CORO: Ya el héroe se murió.

VERINA: Namel...

CORO: Sólo queda el tirano.

VERINA: Namel...

CORO: Namel ha muerto.

NAMEL: ¿Cómo puedes explicarme?  
¿No me escuchas?

SEMICORO: Josel, Josel, Josel...

SEMICORO: Namel ha muerto.

NAMEL: Le diste la libertad? ...  
Anarón...

SEMICORO: Josel, Josel, Josel...

SEMICORO: Namel ha muerto

NAMEL: ¿Qué es lo que sucede?

CORO: Quítate ya esa máscara.

El Coro quita la máscara a Namel y la tiran sobre el cuerpo muerto. Sobre el rostro de Namel queda la máscara de Carón. El Coro efectuará una ceremonia funeral.

NAMEL: Anarón,  
Veriná,  
Mis amigos...

PRIMER: Con su permiso, doña, me retiro;  
mi esposa me ha llamado:  
me dice que está enferma.

CARON: Veriná,  
no me escuchas?

SEGUNDO: Mañana nos veremos...

NAMEL: Por qué se marchan todos?  
Por qué, por qué, por qué? ...

JOSEL: Si el mundo te demanda ser malvado  
puedes hacer tres cosas:  
ponerte del tamaño de su molde,  
poner fin a tus días  
o luchar por tornar lo negro en blanco.  
Yo escogí lo final.

VERINA: Yo esperé que me dieras  
tu amor toda la vida,  
y ahora te me vas  
convertido en un sueño de tí mismo.

NAMEL: Yo no estoy muerto, no;  
Miren como respiro;  
escuchen mis palabras;  
toquen, toquen mi piel.

JOSEL: El Dios en quien yo creo así lo exige:  
acorazado el pecho;  
al corazón afuera protestando,  
la frente como ariete abriendo paso,  
rompiendo tierra y mar si es necesario...  
Pero nunca doblando la rodilla ante la noche.

VERINA: Yo quise para el mundo lo mejor  
y nada tuve en cambio;  
ni siquiera tu amor.

NAMEL: Despierten, por favor.

VERINA: Ni siquiera tu amor.

NAMEL: Preciso es defendernos;  
el pueblo nos ataca...  
El pueblo... Sí mi pueblo...

JOSEL: De pie, la frente an alto.

NAMEL: No, no, no,  
no es posible...  
Me debe agradecer;  
agradecer al menos...

JOSEL: De pie, la frente en alto.

NAMEL: Dios mío... qué... qué hice yo?

JOSEL: De pie, la frente en alto;  
mirando hacia el mañana;  
con el pleno derecho  
de ondear una sonrisa.  
Es el hombre aprendiendo a usar la fuerza;  
la extraordinaria fuerza del amor  
que le duerme en el pecho.

CORO: Viva, viva...

VERINA: Qué poca cosa fuimos:

ni siquiera supimos  
luchar por nuestras vidas;  
nos perdimos en sueños de grandeza,  
sin saber encontrar las grandes cosas  
que muy dentro guardábamos.

CORO: El Sol despuntará,  
más allá, más dentro  
de la humana pasión,  
del engaño y la ambición;  
más allá del abuso del poder,  
más adentro, más allá.  
Sí, el Sol despuntará  
por los humanos cielos,  
universos de sombras  
que lloran por la luz.  
En el hombre está la aurora del amor  
y en él despuntará la luz de la verdad  
que da inmortalidad a su esperanza.  
Sí, el sol despuntará... Despuntará.

SEMINARIO MUL, 'DISCIPLINARI'  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS